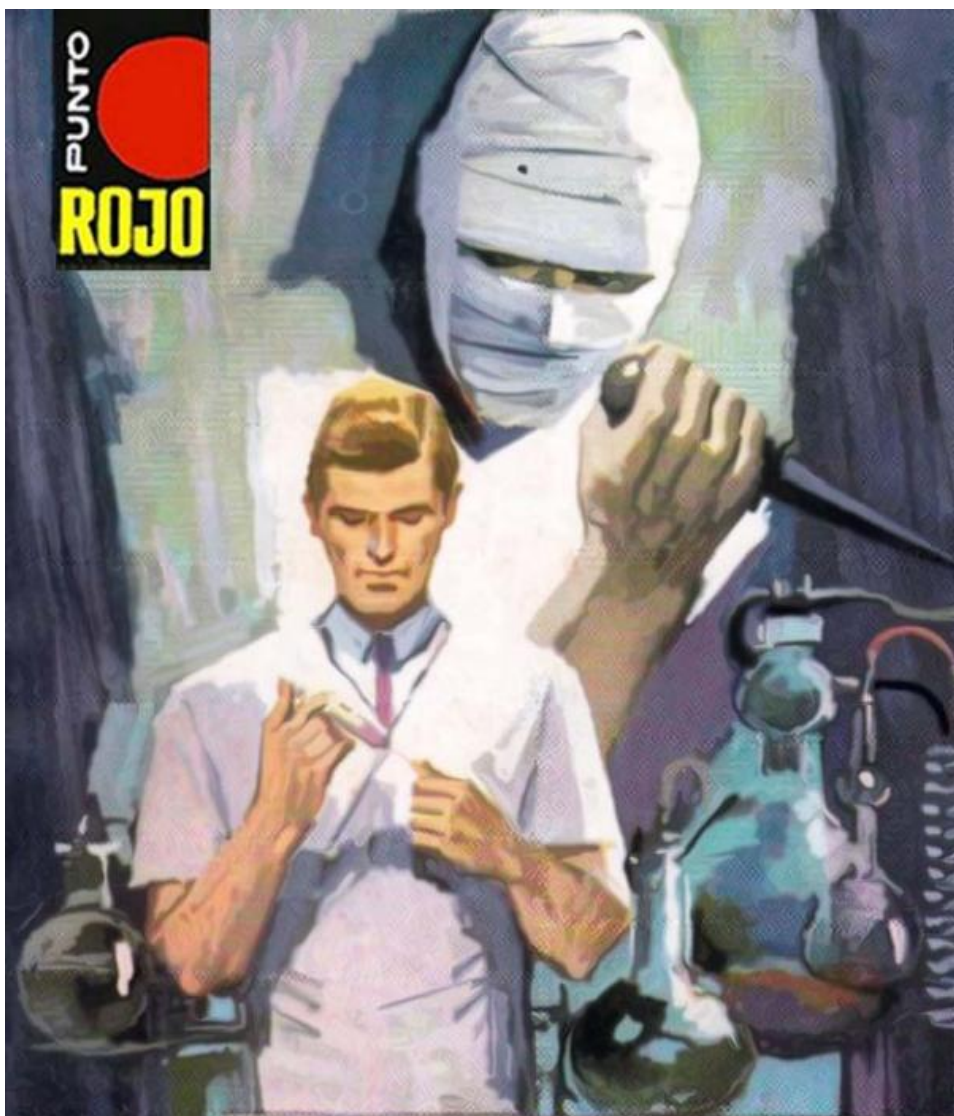


PUNTO
ROJO



ASESINO POR UN DIA

silver kane



ASESINO POR UN DÍA

SILVER KANE

ASESINO POR UN DÍA

Colección PUNTO ROJO n.º 102

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN ABRIL - 1964

© SILVER KANE - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© -1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

LOS PERSONAJES

Silvia Kellington.

La estación Grand Central, de Nueva York, es uno de esos lugares bulliciosos donde todo el mundo se apretuja, corre, se empuja, habla en voz alta, produciendo una sensación de caos que a ratos maravilla y a ratos aturde.

Uno de esos lugares donde nadie se fija en nadie, donde la vida y la muerte de los demás es como un accidente que no tiene importancia.

Por eso nadie se fijó en Silvia Kellington.

Nadie se fijó en ella, pese a que era bonita, pese a que tenía los labios rojos y los ojos grandes y limpios, pese a que no se notaba, a causa de su abrigo ancho, que estaba a punto de dar a luz.

Cuando Silvia Kellington descendió del tren y sintió que estaba próxima a llegar su hora, algo así como una mano fría acarició su espalda, y un zumbido que crecía por segundos hizo vibrar sus nervios al igual que antenas. Se puso la mano derecha sobre el corazón para dominar su angustia al apretarlo, y luego la trasladó a su barbilla, que temblaba hasta hacerla castañetear los dientes.

Era, en cierto modo, una suerte para ella que las cosas se presentaran así, tan repentinas, pues no tenía tiempo para pensar en las locuras que se le hubiesen ocurrido en otras circunstancias. Sólo le quedaron fuerzas para salir al exterior y llamar un taxi. Una vez en él, sintió que el momento había llegado. Dijo sencillamente al chófer que la llevara a la clínica más próxima.

Ésta era Silvia Kellington.

Paul Rutteford.

Paul Rutteford resultaba muy distinto, desde luego. Y es posible que hasta en la estación de Grand Central hubiese llamado la atención.

Era alto, cuadrado, duro como una roca. No había tenido que trabajar jamás, lo cual le había dejado tiempo para practicar toda clase de deportes, desde el waterpolo, al boxeo y el judo. Tenía la barbilla cuadrada, los brazos largos y musculosos, el pecho amplio y una mirada oscura que helaba la sangre en las venas.

También tenía un apartamento de lujo en Nueva York, pero eso sólo lo sabían determinadas señoritas.

Precisamente ahora Rutteford estaba contemplando a una de ellas.

¿Se ha molestado usted, amigo lector, en perder cinco minutos mirando cómo una rubia descomunal se tensa las medias ante un espejo? Bueno, pues si no lo ha hecho, es que no tiene tanta suerte como tenía Paul Rutteford.

Porque la rubia era descomunal de verdad, era una señora de campeonato, una mujer de narices.

Cuando ella terminó de tensarse las medias, Paul se acercó y la derribó, sobre la alfombra, de dos sonoras bofetadas.

La rubia cayó, gimiendo sordamente, con la sorpresa y la incredulidad reflejadas aún en sus hermosos ojos azules.

—Pe... Pero...

—No quiero tener que repetirlo, nena.

—¿Qué te ocurre? No puedo comprenderte... Nunca te habías portado conmigo como una bestia...

—Es que hasta ahora me interesabas. Pero hemos terminado, pequeña...

—¿Que... hemos terminado?

—Para siempre.

—Tú debes estar trastornado, Paul... Decías que me querías. Hasta aseguraste que te casarías conmigo...

—La que te has trastornado eres tú, muñeca.

Ella se puso lentamente en pie, mientras se restañaba la sangre que había empezado a manar de sus labios.

—No puedes quejarte —musitó Rutteford con suavidad—. Otras han perdido más, después de todo. Ciertamente que no habías frecuentado

la compañía de los hombres cuando fuiste mía, pero trabajabas en un *cabaret* y yo te saqué de allí. Evité que los viejos de mirada viscosa te siguieran contemplando. Ahora podrás trabajar en locales de más categoría, puesto que sirve mucho haber sido la amiguita de Paul Rutteford. ¿Qué has perdido, después de todo?

La rubia, que no era precisamente una muñequita dulce, fue a saltar sobre él, llevándole las uñas a los ojos.

Paul volvió a enviarla sobre la alfombra de un nuevo golpe.

Se dejó caer blandamente en una butaca y, cruzando las piernas, se dedicó a contemplar la desesperación de la mujer con la más beatífica de las sonrisas. Cuando ella, con los ojos cerrados y los dedos tensos, quiso arrojarle sobre él, a Paul le bastó tender una de las piernas y clavar un brutal taconazo en el estómago de la mujer para arrojarla contra la pared frontera.

Aquella cosa rubia y blanca que iba enfundada en el ceñido vestido negro y que ahora le mostraba descuidadamente las piernas y la garganta, quedó llorando en el suelo, sacudida por los espasmos.

Paul se molestó en mirar su reloj de pulsera.

—Tus espasmos son demasiado regulares, nena. Se nota a la legua que estás fingiendo.

Volvió a sentarse cómodamente y miró el techo como si nada estuviese ocurriendo a su alrededor.

En el fondo, aquellas situaciones habían llegado a divertirle. Al principio, cuando despidió a una mujer por primera vez, le habían molestado sus gritos, sus maldiciones y luego sus súplicas. Pero ahora estaba endurecido, ahora sabía que todas las mujeres reaccionaban igual y que, en el fondo, son inofensivas. De modo que se limitó a decir:

—No alargues demasiado las cosas, muñeca.

No vio que la rubia asía desesperadamente su bolso, que estaba sobre una mesita contigua, y sacaba de su interior una pequeña pistola. El seco estampido y un agudísimo dolor en el brazo izquierdo, que tenía cruzado sobre el pecho, fue el único aviso que Paul tuvo de que las cosas habían cambiado ligeramente. A partir de entonces sabría ya para siempre que cuando una mujer tiene un bolso en cuyo interior no se ha hurgado, nunca conviene distraerse mirando al techo. Pero de esta experiencia, que pasó a engrosar en

mucho el nivel de sus conocimientos, él apenas pudo darse cuenta. Porque cuando volvió a sentir el dolor en el brazo, después de perder unos minutos el conocimiento, estaba ya en una camilla y metido de través en una ambulancia que volaba por alguna calle de su adorable Nueva York. Pensó ante todo que la rubia pudo haberle rematado cuando él estaba sin conocimiento a sus pies. Por eso preguntó al guardia que estaba sentado frente a él:

—¿Y... aquella mujer?

—Está detenida. Quiso huir, pero el conserje la sujetó por el cuello al verle descender las escaleras después del estampido. Mal paso han dado unas piernas tan bonitas. Usted va ahora a que le curen ese aguijonazo.

Era la primera vez que Paul Rutteford acababa tan mal de una aventura con faldas.

Pero no por eso iba a rectificar. Al entrar en la clínica, lo primero que vio fue que la enfermera de recepción tenía unas piernas de campeonato, a pesar de llevarlas enfundadas en unas horribles medias blancas.

Éste era Paul Rutteford.

Glenn Alter.

Glenn Alter, que estaba teniendo un día desastroso, se secó el sudor de la frente con el reverso de la mano, después de quitarse los guantes. Al hacerlo, sintió que sus ojos se nublaban repentinamente.

—Debe ser el olor —musitó para sí mismo, en voz muy baja.

Al salir al pasillo, respiró con fuerza una bocanada de aire y entonces todo se hizo más claro a su alrededor, pero también más peligroso. Fue como si ahora se diese cuenta de que podía dejarse caer al suelo sin daño para su honor y sin faltar a las viejas tradiciones de su clase. La enfermera le desabrochó la bata y le empujó hacia el lavabo. Ella misma tuvo que abrir el grifo, y lo único que hizo Glenn Alter fue colocar la cabeza bajo el agua y cerrar un largo rato los ojos.

—Peor se sentirá la madre —dijo la enfermera con cierto tono despectivo.

Glenn, sin abrir los ojos, contestó que no estaba seguro de eso. Que en realidad no estaba seguro de nada.

Cuando se secó la cara y se dispuso a peinarse, la enfermera le

miraba todavía con expresión irónica.

—Ha trabajado usted nada menos que ocho horas seguidas, doctor Alter —dijo violentamente, como, si desease liberarse de un peso—. Y gracias a usted van a salvarse esa mujer y los tres niños.

Un parto triple, y además viniendo los dos últimos niños de nalgas, no es una complicación que se presenta todos los días. ¡Vamos! Por Santa Luda y todas las santas cuyos nombres me enseñó mi madre. ¡Que un hombre como usted extrajese la bala a Larrigan y luego le deje escapar y ahora tenga que ejercer la Medicina ilegalmente! ¡Que un hombre como usted haya perdido incluso la fe...!

—¿Por qué supone que he perdido la fe?

—Porque por dos veces quiso retirarse durante el parto. No cree en sí mismo. ¡Vamos, doctor Alter! No sé cuántas cosas le diría si mi padre no se hubiese gastado quince dólares al mes para llevarme al colegio.

Glenn, que la había escuchado en silencio, la miró un momento con gratitud, pues sabía que aquella mujer le quería desde el fondo de sus cuarenta años estériles.

Entonces entró Sop.

Sop era el dueño de la clínica, grueso, redondo. Había algo en su nombre que se acomodaba a él.

Fiel a los amigos e infiel a las mujeres, Sop sabía cómo ganar dinero, cómo mentir, cómo equivocarse en un diagnóstico y matar al paciente sin dejar por eso de cobrar la factura ni de ser un fulano agradable. Había ayudado a Glenn en la desgracia y le permitía trabajar en su clínica con nombre supuesto, faltando a la ley. Porque para Sop las leyes estaban hechas sólo para protegerle a uno, nunca para fastidiarle.

Estrechó la mano de Glenn.

—Gracias. Has salvado a esa mujer y a los tres niños. Créeme si te digo que ésta es la vez que más lamento no poder dar tu nombre, Glenn.

El interpelado se encogió de hombros con la más absoluta indiferencia.

—Bueno, ¿y por qué lamentarlo? ¿Tendría más clientes si dices mi nombre?

—Es una terrible injusticia que te retiraran el permiso para

ejercer, Glenn.

Salieron juntos al pasillo, y la enfermera se quedó mirándolos. Y fue entonces cuando se dio cuenta —tal vez al compararlo con el orondo Sop— de que en los treinta y cinco años de Glenn Alter había una pesadumbre que empezaba ya a ser física, y de que andaba como los derrotados, sin fuerzas en los brazos ni en la nuca.

Lástima doble, porque Glenn Alter hubiera sido un tipo impresionante, un verdadero campeón de lucha libre americana si no se hubiese dejado vencer así.

La mujer se encerró en el departamento de duchas. De repente otra enfermera salió corriendo de la oficina de control y fue hacia el ascensor por donde se disponía a descender Sop en compañía de Glenn Alter.

—Doctor...

—¿Qué ocurre?

—Un caso muy urgente. Una mujer ha empezado a dar a luz dentro de un taxi. La han traído aquí a toda prisa.

—Que la atienda Simpson.

—Parece que es grave, doctor. Hay hemorragia de gran intensidad. La mujer se va por momentos.

—¿Y la criatura?

—Mal colocada, han dicho los de guardia. El feto está encallado. Deben decidir ustedes si se interviene o no, pero sin perder un minuto.

Sop alzó los hombros con un gesto de resignación. Luego miró fijamente a Glenn.

—De sobras sabes que soy rico a causa de mi matrimonio, pero nunca he sido un buen médico —suspiró—. Nunca me atreveré con un caso difícil como ése. ¿Te atreves tú?

Glenn Alter hizo el mismo gesto de Sop: Se encogió también lentamente de hombros.

—Vamos.

—¿No estarás demasiado cansado?

—¿Quién queda a esta hora? Sabes de sobra que los de guardia son novatos. Creo que podré trabajar todavía durante un par de horas más.

Se introdujeron en el ascensor para bajar a toda prisa a la sala de partos que les había indicado la enfermera. Era la sala de

urgencia, que estaba intencionadamente en la planta baja.

Allí pudieron ver ambos a Silvia Kellington.

Silvia estaba cubierta por una sábana y se contraía asiéndose con ambas manos a los bordes de la mesa. Sus cabellos negros se esparcían sobre ésta como una mancha de color.

Silvia Kellington vio también a Glenn.

Sus ojos se abrieron inmensamente y se cerraron luego con una dolorosa y brutal contracción.

Glenn había sido el único hombre en su vida. El único hombre de la vida de Silvia Kellington, cuando todo en ésta era limpio y se podía confesar.

Vio cómo Sop alzaba la sábana que cubría sus partes femeninas, cómo miraba con sus ojos profesionales y grises encerrados entre bolsas de grasa. Vio que Glenn estaba a su lado y se dio cuenta de que él miraba también.

Entonces, Silvia Kellington se desmayó.

CAPÍTULO II

LAS VACACIONES DE RUTTEFORD

Paul había escuchado los lamentos desde su habitación y ahora estaba nervioso y deseando saltar de la maldita cama.

La pérdida de sangre no había logrado abatirle. Por el contrario, una especie de exaltación producida por la inquietud le recorría los músculos de las piernas.

Llamó a la enfermera. Ésta resultó ser una beldad andando sobre los zapatos de bajo tacón permitido en la clínica.

—¿Desea algo? —preguntó.

Rutteford medio se incorporó, aunque se le reprodujeron los dolores en el brazo.

—¿Que si deseo algo? Ya estoy harto de esta soledad, guapa, y si no se te ocurre cantar una nana para Paul Rutteford, siéntate al menos con el descuido que debes emplear cuando estás en el despacho del director de la clínica. ¿Me has comprendido?

La enfermera curvó los labios hacia abajo.

—No he comprendido una sola palabra.

—¿No? ¿Por quién me has tomado, estúpida de lengua corta? ¿Por qué diablos no me puedo marchar a mi casa y hacer que complete la curación el médico que yo elija, en lugar de que me miren tipos que ni siquiera saben dónde tengo el brazo izquierdo? ¿Cuánto tiempo pensáis tenerme aquí?

La enfermera, joven y atractiva, con una piel morena que resaltaba en el uniforme blanco, le miró con desdén.

No le gustaban aquellas palabras. No le gustaba tampoco aquel tipo de ojos grises que los había clavado en ella con una fijeza

obsesionante.

—Estará aquí hasta que el juez disponga su traslado, y ni un minuto más. Ésta es una clínica particular, donde hasta el momento habían entrado sólo personas educadas.

—¿El juez? ¿Qué diablos tiene que ver el juez con esto?

—Usted entró aquí a causa de un intento de homicidio. ¿No sabe que la bala penetró en el brazo por casualidad, ya que iba dirigida al corazón? El juzgado tiene que informarse detalladamente de los días que durarán las lesiones, ya que la pena para el que hizo eso, será más o, menos grave.

—Sabes mucho, nena.

—Llevo ya algún tiempo en la sección de urgencias y han pasado por aquí bastantes personas accidentadas. Y ahora, si eso es todo lo que tenía que decirme, hemos terminado de hablar.

El tono de Rutteford cambió repentinamente:

—No he querido enfadarte, ojos agrios. Sólo pretendo saber si voy a aburrirme mucho en esta habitación. Si todo continuará tan insípido como hasta el momento.

—Sigo sin entenderle.

—Quiero decir que por aquí hay muy poco movimiento...

A pesar de que Rutteford había hecho un movimiento expresivo con una mano, queriendo dibujar una curva que avanza y retrocede, la muchacha no captó bien la intención. Creyó que se refería al relativo aislamiento de aquella habitación.

—No lo crea. Apenas tenemos sitio, y puede que lo coloquen una mamá joven en la habitación contigua. Las mamás tienen la costumbre de gritar mucho, a pesar de eso del parto sin dolor, y todo por culpa de ustedes.

La voz de la enfermera se había suavizado, y hasta improvisó una sonrisa. Se acercó a Rutteford para arreglarle las ropas.

De pronto los ojos del hombre se clavaron nuevamente en ella. Muchos años negros la contemplaron a través de aquellas pupilas grises. La enfermera adivinó la pericia con que era medida, catalogada. Se sintió tan molesta, que tuvo que dar un violento paso atrás para no abofetear a Paul. En aquel momento los dos oyeron un gemido en la habitación situada al otro lado del pasillo.

—¿Qué ocurre? —musitó Paul.

—Ésta es una clínica donde generalmente se atienden partos, no

lo olvide. Están trasladando a una mujer que ingresó casi al mismo tiempo que usted.

—¡Pues a buen sitio me han traído para pasar las vacaciones!

—¿Considera unas vacaciones a esto?

—¿Cómo no? Aquí hay chicas guapas que me rodean por todas partes, no hago nada...

—*Y no hará nada* —recalcó la muchacha, con intención.

—Bueno, bueno, no hay que ponerse tan dramático...

Por pura curiosidad, ¿quién es esa chica que ha gemido?

—Una que tiene motivos para hacerlo. La salvaron a ella de puro milagro, y el hijo nació muerto.

¡Y el canalla del marido sin presentarse todavía por aquí!

—Pobre chica... —musitó Rutteford compungidamente—. Los hay canallas. ¿Y cómo se llama?

—Silvia Kellington.

Rutteford quedó pálido un momento, sólo un momento.

Luego cerró los ojos y cruzó las manos sobre el pecho, en silencio, mientras la enfermera salía.

CAPÍTULO III

LA HISTORIA DE UNA MUJER

Fue Glenn Alter precisamente el primero que entró a ver a Silvia Kellington dos días más tarde.

Lo hizo adoptando una expresión natural, como si las circunstancias no fueran anormales, y hasta para que Silvia no se sintiese tan avergonzada, comenzó haciéndole una petición.

—No tienes que contar a nadie que te he asistido yo —susurró—. Quizá no ignores que he obrado contra la ley, porque carezco del permiso necesario para ejercer la Medicina.

En vista de que ella no contestaba, añadió evitando mirarla:

—Me lo retiraron al descubrir que había extraído una bala a un gángster fugitivo. Fue lo menos que podía ocurrirme, después de todo. El fiscal había pedido para mí un par de años de cárcel.

—Fueron... muy crueles —susurró Silvia sin atreverse a mirarle aún.

—Según como se mire, no lo fueron. El atracador era peligroso y lo buscaba toda la policía del estado de Nueva York. Quizá lo hayas oído nombrar. Se llamaba Larrigan.

Silvia hizo con la cabeza un débil gesto negativo.

—No. Durante un largo tiempo sólo he podido ocuparme de lo que me ocurría a mí, Glenn.

—Los periódicos no publicaron mi fotografía y en cierto modo se pudo evitar el escándalo, pero perdí mi licencia y también mi puesto en la Isla sin Sueño. Ese lugar sí que lo conoces.

—Claro... Es un lugar que lleva camino de hacerse famoso, Glenn.

Los dos evitaban hablar de lo único que en realidad les importaba; los dos evitaban hablar de lo sucedido tres noches antes, cuando Silvia dio a luz, en condiciones penosísimas, a un niño que no logró sobrevivir. Glenn estaba dispuesto a hacer toda clase de esfuerzos para evitarle a la muchacha el terrible recuerdo.

Y por eso resolvió seguir hablando de la Isla sin Sueño.

—El primer periodista que dio ese nombre a aquella isla tuvo un acierto, sin duda. ¿Recuerdas cómo se llama la isla en realidad? Se llama Kingsdar, y es un islote rocoso situado en la costa atlántica, al sur del estado de Nueva York. Pocas veces se puede conciliar el sueño allí. Yo era el director, ¿sabes?, el verdadero rey de aquella pequeña isla sin sueño y sin hombres. Mandaba en los dos edificios que pueden contemplarse desde el embarcadero. Los guardianes de la entrada sólo me obedecían a mí, como si aquello fuera una cárcel.

Silvia Kellington guardaba un obstinado silencio. Sus ojos estaban húmedos, aunque hacía esfuerzos desesperados por contener el llanto.

Adivinaba que Glenn quería atraer la atención hacia sí mismo para hacerle olvidar sus propios problemas. Esto hizo que le diese más vergüenza mirarle. El cuello le dolía al mantener la cabeza en una misma posición, obstinadamente vuelta hacia la única ventana de la pieza.

—La idea fue de Gradwell, el millonario —siguió diciendo lentamente Glenn—. No había logrado tener un hijo sano jamás, a pesar de sus millones y a pesar de haberse casado tres veces. Y se le ocurrió pensar que Norteamérica sería más grande y más feliz si casi todas las madres que presentaban síntomas de un embarazo anormal se podían reunir en un mismo sitio para dar a luz, un lugar donde sus casos fueran estudiados por especialistas expertos y donde se les diesen todas las garantías. Así se levantó el primer edificio en la pequeñísima isla de Kingsdar, que era entonces un pedazo de roca al que sólo iban de vez en cuando algunos bañistas. Yo fui nombrado director y empezaron a llegar mujeres a las que se asistía gratuitamente. Más de quinientos casos anormales en un año. Mi despacho se fue convirtiendo insensiblemente en un museo horrible, lleno de botellas de alcohol donde conservaba los fetos que no habían logrado sobrevivir. Era una vida desagradable, Silvia;

casi una vida horrible para un hombre joven como yo. Tal vez eso explique que no me importara nada salvar a Larrigan. Pero mi mujer nunca me lo ha sabido perdonar.

Silvia se estremeció ligeramente.

—¿Te casaste, Glenn?

—Sí. Ya sabes que lo que me unía a ti era una pasión prohibida. Quiero ser sincero contigo, Silvia.

—En cambio no era una pasión prohibida lo que me unía a ti —susurró ella—. Yo te quería sinceramente. Y tú mientes, Glenn.

El apretó los ojos.

—Vuelve la cabeza. Mírame.

Ella obedeció y se miraron fijamente.

Repitió:

—Y tú mientes, Glenn.

De improviso la vergüenza volvió a apoderarse de ella, al recordar lo sucedido hacía unas noches, y apartó la vista con un gemido.

Aquel gemido lo escuchó Paul Rutteford claramente desde su inmediata habitación.

Golpeó la pared con los nudillos, furiosamente.

—Tenemos ahí a un tipo que fue herido de un balazo —aclaró Glenn—. Nos lo trajeron porque el hecho ocurrió cerca de aquí, y creyeron equivocadamente que su vida dependía de un minuto más o menos. Pero aparte de una buena hemorragia por rotura de una arteria, está tan sano como yo. Y me parece un tipejo mal acostumbrado.

Salió de la habitación para dirigirse a la de Paul, cuya puerta abrió violentamente.

—Cállese de una vez —dijo con voz seca.

Al volver junto a Silvia, vio que ésta seguía en la misma posición y sin haber movido la cabeza.

—No debes avergonzarte de mí, Silvia. Es mi oficio.

—Pero tú me viste... Tú me viste en ese estado horrible...

—He asistido a tantas mujeres durante el parto que nunca me fijo en ellas. Para mí solo existe lo que estoy haciendo.

—No es sólo por eso, Glenn —dijo ella con voz ronca—. Es porque me avergüenza tener que pensar que en cierto modo ha sido una suerte para mi hijo el nacer muerto. No tenía nada digno que

ofrecerle, y tal vez haya sido mejor que las cosas ocurrieran así. Pero yo me avergüenzo de tener que seguir viviendo.

Él le colocó una mano en la frente, con suavidad, aunque ella intentó retirar la cabeza. —Eres muy niña aún, Silvia. Muy niña aún...— Y había en su voz un tono de cansancio. —Debes tener veintitrés años ahora. Vamos, piensa que todas las cosas de este mundo tienen una solución, y la mayor parte de las veces una solución tan buena que ni siquiera nos atrevíamos a pensar en ella.

Notó que la muchacha movía la cabeza con desesperación, con una angustia infinita.

—Esto no tiene solución, Glenn. No estoy casada, y el hombre a quien también pertenecía ese niño ha intentado matarme ya dos veces. Sé que a la tercera lo conseguirá. Sé que en algún sitio de Nueva York está ya preparado un ataúd que lleva mi nombre.

CAPÍTULO IV

LAURA

Maxon era un viejo granuja a quien tenían metido entre ceja y ceja todos los policías del estuario.

Había vivido durante años enteros a costa de pequeños robos en los almacenes de los muelles, o a costa del estado en los hoteles enrejados de éste. Pero al fin Maxon pareció decidir, después de una condena de dos años, que la libertad valía más que el dinero. Y desde entonces merodeaba con una barquichuela por las cercanías de la isla de Kingsdar, dedicado a la pesca menor. Pero a nadie inspiraba confianza.

Fue el primero que vio otra vez a Glenn Alter descendiendo del embarcadero que comunicaba el continente con la isla de Kingsdar. Pero le pareció un hombre muy distinto.

Parecía envejecido, como si llevara sobre sus espaldas el peso de una vida entera.

Los policías le saludaron y le abrieron la puerta enrejada. Glenn les saludó como siempre, pero su mano tardó en levantarse, como si careciese de fuerzas.

Todo esto hizo que Maxon comprara un periódico, lo que estaba en absoluto fuera de sus costumbres, e inquiriera acerca de aquel extraño suceso.

El periódico le informó de que Glenn Alter, famoso y joven tocólogo, había sido repuesto en su cargo dentro de la Isla sin Sueño, por haber estimado el Tribunal de Apelación que al auxiliar a Larrigan lo hizo bajo el influjo de una amenaza indirecta.

«¡Vaya! —pensó Maxon—. ¡De modo que ese Glenn Alter

volverá a ser otra vez “El pequeño emperador”!).».

Y recordó las veces que se había reído cuando un comentarista de la televisión inventó aquel calificativo para el director de la Isla sin Sueño.

No volvió a ver a Glenn en todo el día, a pesar de que merodeó por los alrededores de la isla rocosa en su barquichuela.

Y era porque Glenn estaba sumido en su trabajo otra vez.

Por la mañana reunió a sus auxiliares, casi todos femeninos, y les expuso brevemente cuál era la situación:

—Amigos, todos ustedes saben que un tribunal me destituyó de mi cargo después de considerarme indigno de ejercer la profesión médica. Hace apenas unas horas, otro tribunal ha entendido que la culpa no fue tan grave y me ha repuesto en mi cargo. Legalmente vuelvo a ser el jefe de todos ustedes, pero sé perfectamente que he perdido la fuerza moral que antes tuve. Puede que muchos de ustedes, en el fondo de sus conciencias, me consideren indigno de mandarles, y por ello, si alguno lo desea, puede retirarse ahora. Yo arreglaré las cosas de modo que no resulte perjudicado, y hasta estoy dispuesto a presentar mi dimisión si la mayoría de ustedes estiman que debo hacerlo.

La respuesta que obtuvo Glenn le devolvió la confianza en sí mismo. Todos estuvieron de acuerdo en que era un honor trabajar a sus órdenes, y el joven médico pudo así dedicarse a las tareas que abandonara tiempo atrás.

La isla de Kingsdar tenía sus severos reglamentos y era, en cierto modo, como un gran penal donde mujeres de varios estados iban a vivir sus horas difíciles. No se permitía alterar las horas de los paseos, las de la siesta, hablar con exceso durante las comidas, tener amistades íntimas. Incluso los períodos críticos estaban señalados para cada paciente en unas tablas rigurosamente exactas, de tal modo que hasta las normas un poco caprichosas de la Naturaleza tenían su lugar en la isla. Lo único que no podía salvaguardarse era el silencio en los momentos difíciles, porque la mayor parte de las mujeres gritaban al dar a luz, y siempre había tres o cuatro que estaban pasando por ese trance.

Por eso el nombre de Isla sin Sueño era el más exacto que se podía dar a aquel lugar. Lo que sentía era no haberlo inventado él.

Durante el día modificó algunos leves puntos de los reglamentos

y escribió una exposición de motivos para que aquellas reformas fueran examinadas por el patronato que regía la isla y pagaban los cuantiosos gastos de ésta.

Luego examinó la contabilidad y más tarde el historial de los casos graves.

No quería pensar en nada que no fuera su trabajo.

Pero hacia las siete de la tarde entró su esposa en el despacho.

Laura era una mujer alta, flexible, de músculos largos y suaves, que se adivinaban poderosos. Su cabello castaño, recogido sobre la nuca, sus mejillas carnosas y tersas, daban a su rostro un atractivo difícil de olvidar. Pero lo que verdaderamente cautivaba en ella era aquel movimiento flexible de sus caderas al caminar, aquella magnífica seguridad física que todos sus gestos traslucían y que una vez había impresionado a Glenn Alter. Pero ahora, al verla entrar, se sintió como sorprendido por ella.

Le dijo, no obstante, que se sentara a su lado.

—He venido para ayudarte —aseguró la mujer.

—Gracias, pero ahora termino las cuatro o cinco cosas más urgentes. Si puedes esperarme algo así como media hora, saldré contigo.

Así lo hicieron. Los policías les saludaron en la verja. A veces se sentían tímidos, confusos.

Glenn siempre había tenido la sensación de que se encontraban a disgusto vigilando aquella isla de mujeres solas.

Una vez en tierra firme subieron a su coche, un pequeño dos plazas color negro.

—¿Tenías intención de ir a casa directamente, Laura?

—No, no tenía ninguna intención concreta. ¿Por qué?

—En la clínica de Sop he dejado un caso pendiente. Me gustaría pasar por allí.

—¿Algún caso grave?

—No, no precisamente eso. Ya está en vías de curación y no creo que ocurra nada, pero...

—Supongo que se tratará de una mujer, claro.

—¿Celosa?

—¿Por qué había de estarlo? Para ti todas las mujeres somos como unos animalitos que sirven para hacer experimentos. A ninguna le das importancia..., ni siquiera a mí.

—No puedes decir eso, Laura.

—No me quejo. Pero en el fondo tú sabes que jamás me has prestado verdadera atención.

—Me debo a mi trabajo.

—Lo sé, pero siempre he pensado...

—¿Qué has pensado, Laura?

—No sé, no tiene importancia... Dejemos esto.

—Dilo, por favor.

—Siempre he pensado que en tu vida había otra mujer.

—¿No dices que para mí las mujeres siempre han sido como unos animalitos para hacer experimentos?

—Me refiero a una mujer de verdad.

—Una mujer de verdad lo eres tú, Laura.

—No estoy sola en el mundo. Hay otras.

—Pero me casé contigo.

—No siempre se casa uno con la mujer a la que realmente ama. Hay mil circunstancias que influyen en la elección. La lástima, por ejemplo.

—¿Crees que yo pude tener lástima de ti? ¿Cómo se te ocurre pensar una cosa semejante?

—Cuando se inician unas relaciones y un hombre honrado como tú cree haber comprometido a una mujer, se casa con ella para no perjudicarla. Se casa con ella aunque no la ame.

—Ése no es mi caso, Laura.

—Yo siempre he tenido la sensación de que era así.

Glenn frenó suavemente el coche al atravesar la verja. Laura dijo en un susurro:

—Pero no hablemos de esto. ¿Para qué atormentarse con pensamientos inútiles? Estamos ya en la clínica de Sop. ¿Vas a emplear mucho rato en la visita?

—Supongo que no.

—Bien. Te aguardaré en el coche.

Antes de descender, Glenn besó suavemente los labios de su esposa. Se dio cuenta de que Laura tenía los labios quietos, helados. Y Laura se dio cuenta también de que él le entregaba un beso sin alma.

Glenn entró en el blanco edificio rodeado de un jardín, mientras su esposa quedaba sola.

La habitación en que se hallaba Silvia Kellington estaba situada al final de un pasillo ciego, junto a la de Paul Rutteford, y al lado de ambas el quirófano de urgencia, con un vestuario y lavabo para los médicos.

La enfermera destinada a aquellas dos habitaciones, muchas veces vacías, tenía también asignadas otras en el piso superior, de modo que en el preciso momento en que Glenn entró, ella no se encontraba allí.

Sin embargo, se oían ruidos al fondo del pasillo. Unos ruidos intensos y repentinos. Gemidos sordos y breves y golpes de alguien que estuviese propinando a otra persona una brutal paliza.

CAPÍTULO V

LOS LOBOS DE RUTTEFORD

El hombre que estaba al fondo del pasillo, en la habitación de Silvia Kellington, era uno solo.

Claro que en este momento Glenn no lo sabía, e incluso ignoraba la procedencia de aquellos ruidos que se escuchaban desde la puerta. Pero le pareció, ya desde el primer instante, que una persona estaba pegando una paliza a otra.

Y no se equivocaba.

Un tipo llamado Mac For estaba «repasando» a Silvia Kellington.

Mac For era un fulano hercúleo, de veintinueve años de edad, cuyo padre era natural de Texas, lo cual, según él, no estaba al alcance de todos los americanos. Esto, en opinión de Mac For, era algo como para enorgullecerse durante todos los días de su vida.

Porque Mac For no tenía mejores motivos de orgullo, ya que estaba fichado en todas las ciudades de la costa este de los Estados Unidos.

Al principio había sentido por las leyes una gran reverencia. Su padre acostumbraba a decirle que en Texas las primeras se escribieron con una bala, y fueron aceptadas tan firmemente que pronto muchos hombres las tuvieron en el corazón.

«No precisamente las leyes, claro —apuntaba su padre, sonriendo—, pero sí la bala».

A los quince años Mac For había visto matar a un hombre. Aquel hombre era el hermano de su padre, quien fue a refugiarse a la casa donde ambos vivían, después de robar y asesinar a una mujer.

Y durante dos días fue como una fiera aterrorizada. Al tercero,

un polizonte vino a buscarle. Era un polizonte llamado Kleyton, y el honrado tío de Mac For le vació un cargador desde la ventana. Pero cuando quiso huir ya era tarde. En el enlace del camino vecinal con la carretera, otros polizontes como Kleyton le ametrallaron por los cuatro costados. Y el respeto que Mac For sentía por la ley se vio notablemente reforzado cuando el forense quiso obsequiarle con una de las treinta y siete balas que se habían alojado en el cuerpo del fugitivo.

Más tarde, Mac For tuvo motivos para sospechar que su padre era más listo de lo que parecía, pues resultó ser dueño de cien mil dólares en un Banco del Sur. Y cuando cierto comprador de joyas robadas habló, otro policía que era hermano del difunto Kleyton vino a buscar a su padre también.

Mac For, sénior, acabó con aquel segundo Kleyton en el mismo instante en que éste le deshacía la cara de un balazo. Cosa poco dañina al fin y al cabo, si se tiene en cuenta que Mac For, sénior, siempre había sido horriblemente feo.

Ahora Mac For trabajaba a sueldo. Era un hombre de treinta años aproximadamente, corpulento como un buey, macizo, a quien agradaban los hombres débiles y las mujeres fuertes. Cuando su patrón, Paul Rutteford, le hizo llamar a la clínica, tuvo una gran sorpresa al saber que sólo quería revistas, tabaco y darle unas cuantas órdenes insignificantes para cuando saliese de allí. Pues Mac For estaba acostumbrado a servir a su jefe en cosas mucho más difíciles y caras. Al entrar de nuevo en la habitación, después de buscar en vano a la enfermera, Mac For se equivocó de puerta.

Entró en la habitación de una mujer que estaba muy quieta, con los ojos cerrados.

Masculló:

—Perdone.

Entró luego en la habitación de su jefe, con el rostro más blanco que una sábana.

—Oiga, Paul...

Paul, que estaba mirando una revista de ésas en que aparecen chicas, volvió la cabeza.

—¿Qué hay?

—¿Sabe quién está en la habitación de al lado?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Adivínelo... Ahora duerme como un animalito. Pero se trata nada menos que de aquella pájara llamada Silvia Kellington.

Paul apretó los labios con tal fuerza que éstos formaron en su rostro una línea casi invisible.

—Hay que hacer que se largue de aquí —decidió—. Que se largue de aquí enseguida. Puede comprometerme.

—¿Cómo voy a lograrlo?

—Lo pedirá ella misma. De momento «ablándala» a título de advertencia. Pero sin matarla, ¿eh?

Tú tienes las manos demasiado duras. Hay trabajos que no se pueden encomendar a una bestia.

—Lo haré con cuidado, jefe. La «ablandaré» solamente. ¿Sabe? Yo me derrito por acariciar a las chicas. Pero ¿qué he de decirle?

—Sólo que se vaya. Ni una palabra más. No se te ocurra soltarle que estoy aquí. Bastará con que comprenda que tiene que largarse y mantener cerrada la boca.

Mac For enseñó todos los dientes en una risa cuadrada que en otras circunstancias casi hubiera parecido cómica.

—Claro que sí, jefe.

Y fue a la habitación contigua.

Tal fue el origen de los sonidos que escuchó el doctor Glenn Alter. Los sonidos de una brutal paliza propinada a una persona indefensa.

Mac For, a quien, le agradaba pegar, tuvo una gran sorpresa al ver a aquel hombre de expresión grave, vestido severamente, abrir por completo la puerta y detenerse en el umbral con ojos más abiertos y grandes que dos pelotas de tenis.

Luego, aquellos ojos se empequeñecieron. Se hicieron en un momento como dos rendijas.

Glenn Alter, que era hombre difícil de alterar, lanzó aquella vez una imprecación capaz de hacer sonrojar a un estibador del Hudson.

Lo que sucedió después tuvo para Mac For una parte placentera y una parte dolorosa.

La parte placentera consistió en ver a aquel loco arrojarle sobre él, sin pensarlo dos veces. Mac For, que entendía de aquellas cosas, se ladeó un momento, levantó el puño derecho e hizo un amago para engañar a su enemigo. Pero con el que realmente golpeó fue

con el izquierdo, de abajo arriba, cazando a Glenn en pleno mentón. El médico cayó hacia atrás, casi encima de la mujer a la que había pretendido defender tan inútilmente.

Silvia, que tenía los labios bañados en sangre, musitó:

—Por Dios, Glenn... ¡Vete!

Glenn no se fue.

Se puso en pie lentamente, mientras veía avanzar a Mac For como una torre en movimiento.

Saltó de nuevo hacia él.

Y de nuevo fue cazado, esta vez en una ceja, que quedó partida en seco a causa del impacto.

Pero aquí terminó la parte placentera de la experiencia que estaba viviendo Mac For.

Luego todo fue distinto.

Mac For creyó que el individuo se «arrugaría» para toda la noche, y en efecto lo vio caer. Pero Glenn hizo aquello solamente para lanzarse a los pies de Mac For. Éste vio algo así como un bólido que volaba a ras de tierra y luego una especie de garfio sujetándole los tobillos. Lanzó un grito y cayó hacia atrás.

Al caer se dio un golpe contra el pie metálico de la cama, pero no por eso perdió el conocimiento. Lo único que ocurrió fue que perdió unos segundos en incorporarse.

Hubo bastante.

Glenn, de un ágil salto, se puso en pie y le conectó un formidable puntapié al mentón, haciéndole retemblar todo el cerebro. Los ojos de Mac For se pusieron por un instante en blanco. Se incorporó, pero ya sus rodillas vacilaban, y Glenn lo sabía. Por eso le dejó ponerse en pie. Cuando lo tuvo a la distancia suficiente, movió la mano derecha puesta de canto y la aplastó dos veces contra la nuca del gigante. Los dos terribles impactos hicieron estremecer el corpachón de Mac For, que quedó apoyado en la pared, sin caer del todo, pero respirando ansiosamente y con una mirada vidriosa en sus asombrados ojos.

Glenn masculló:

—No tienes bastante aún...

Y le propinó, también con el canto de la mano, un terrible golpe bajo el pabellón nasal. Aquel golpe podía matar, y Glenn lo sabía, pero en este momento no se daba cuenta.

La cabeza de Mac For chocó contra un armario. Se produjo un formidable estrépito. La mujer gimió otra vez.

Fue entonces cuando se abrió bruscamente la puerta. Paul Rutteford, en pijama, con expresión hastiada, apareció en el umbral.

—Basta, basta, Mac For, no exageres. La vas a ma...

De pronto quedó mudo, paralizado, con los ojos abiertos y redondos como dos platos.

—Pero... —balbució.

Ver derrotado a Mac For era algo que no le había ocurrido en su vida. Rehacerse le costó tanto esfuerzo que por unos instantes incluso le fue difícil respirar.

—Déjelo... —pudo decir, de todos modos—. Mac For apenas tiene la culpa.

Glenn se volvió hacia él, con las facciones intensamente pálidas.

—¿Y usted qué hace aquí, dientes de hiena? ¡Le juro que le voy a...!

—No se excite —musitó Paul, con la sangre fría que le había hecho famoso—. Estoy aquí por una razón bien concreta. Imagino que si la muchacha se halla tendida en esa cama es por algo. Y yo le diré que soy el dueño a medias de esa cosa lloriqueante que ella debió dar a luz el otro día...

CAPÍTULO VI

EL PASADO DE UNA MUJER

Glenn despertó a la mañana siguiente con un sobresalto. Al abrir violentamente los ojos vio que Laura se había levantado ya y le miraba desde un borde del lecho.

—Es tarde e iba a despertarte —dijo ella, como si intentara disculpar su presencia allí.

Glenn, que no había podido dormir en toda la noche, conciliando apenas el sueño al amanecer, tuvo la sensación de que Laura había estado adivinando todos sus pensamientos.

—En efecto, es ya muy tarde —dijo—. Dame la bata, por favor.

Mientras, en el cuarto de baño, mantenía la cabeza bajo el grifo, pues no había querido ni tan sólo afeitarse, advirtió que Laura, a su espalda, le seguía mirando.

Se volvió de repente.

—¡Está bien! ¡Te diré quién era aquella mujer! —aulló—. ¡La conocí hace muchos años! ¡Y al entrar allí, sólo pretendía salvarla! ¿Me has entendido bien? ¡Salvarla!

En su tono no había, sin embargo, demasiada violencia, sino más bien una especie de dolor.

Laura bajó los ojos.

—Todo cuanto hayas decidido está bien, Glenn.

El sintió que algo palpitaba en su pecho, ante aquella sumisión, y acercándose le acarició los hombros.

—Pero sobre todo no prescindas de mí, Glenn. No prescindas de mí nunca —musitó ella, como si rezase.

Y a causa de todo esto, cuando Glenn salió a la calle, estaba de

un humor endiablado y se sentía como un gato con muletas. Pues si algo le desorientaba era aquella combinación íntima e insoslayable de dulzura y de tragedia.

En la isla acabó mal el primer parto que se vio obligado a dirigir. Murió la madre, que se había presentado en pésimas condiciones, y quedó vivo el hijo, un ser vociferante con el cerebro en forma de pepino y frente pequeña, aquejado a todas luces de mongolismo y a quien aguardaba con toda probabilidad un oscuro porvenir de idiota.

Luego, sin esperar más, fue a la clínica de Sop. Paul Rutteford había sido expulsado de ella aquella misma mañana, y Silvia descansaba en su habitación. Pero a consecuencia de los golpes, tenía manchas moradas en el rostro.

Y lo curioso fue que Glenn adivinó aquellas manchas moradas sin verla, sin distinguir la piel de sus mejillas, pues cuando entró en la habitación sin hacer el menor ruido, Silvia estaba de espaldas, sentada en una silla y mirando hacia la ventana refulgente de sol. Sus cabellos rubios, recogidos sobre la nuca, le daban un aspecto de niña desdichada, una apariencia de fragilidad que Glenn sintió dentro de sí como una responsabilidad más en su vida. Y la vieja historia que le unía a Silvia se presentó ahora ante sus ojos mezclada al recuerdo de las súplicas de Laura.

Por eso se detuvo en el umbral, perplejo, y sus ojos rodearon la figura de aquella mujer que pudo haberle pertenecido.

Era bien proporcionada, alta, de facciones regulares y limpias, y sobre todo debía conservar detrás de aquella nuca un recuerdo muy intenso, de lo que habían vivido los dos. A Glenn se le ocurrió entonces, y ese pensamiento debía tener mucha importancia después, que su obligación era protegerla.

Silvia se volvió en aquel momento. Aparecieron en sus mejillas las manchas moradas que había adivinado Glenn.

—Hace un rato que te estoy mirando —dijo éste.

—Me... Me siento bien, Glenn. No... No entres más aquí. No nos necesitamos para nada. Él se acercó y tomó asiento en la silla, a su lado.

—¿Cuándo conociste a aquella bestia? —preguntó.

—No te importa, Glenn. Has de convencerte de esto. No te importa nada de lo que he hecho hasta hoy ni de lo que haré

mañana.

Pero fingía tan mal que su voz era vacilante y a sus ojos asomaban las lágrimas.

—Dime en qué zoo, en qué jaula de circo, en qué pedazo de jungla conociste a aquella bestia.

Silvia se rindió, ocultando su cabeza entre los brazos.

—Era amigo de mi padre. Tuvieron negocios juntos, negocios poco claros, y al morir rogó a Paul que se hiciera cargo de mí.

Glenn Alter tragó saliva.

—Tu padre era un borracho —dijo tristemente—. Demasiado bien lo conocí. Pero creía que en los últimos tiempos había tenido la suficiente inteligencia para rectificar.

—Ya ves que no lo hizo —susurró ella, ladeando la cabeza para que Glenn no viese la expresión de sus ojos—. Desgraciadamente, la compañía de Paul fue todo lo que me dejó en herencia.

Durante unos largos minutos, cuyo paso no notó sin embargo ninguno de los dos, ambos quedaron en silencio y evitando mirarse, absortos al parecer en los dibujos que la luz del sol formaba sobre las baldosas.

Sin pretenderlo, los dos recordaron la primavera en Boston, el paseo de árboles desmayados junto al río. Glenn pensó en sus amargos años de estudiante, y ahora, de repente, le pareció estúpido no haber vivido con más intensidad aquellas tardes, no tener en su vida una sola aventura que contar.

Y Silvia pensó en las enfermedades y en los desórdenes de su padre. Los dos se sintieron incómodos.

—Al principio me protegía —quiso aclarar Silvia.

—¿Te refieres a Paul?

—Sí, desde luego.

—¿Y cómo te protegía?

—Me daba dinero sin pedirme nada. Eso duró un tiempo, quizá dos años, hasta que me confié.

Luego...

—¿Luego qué? —preguntó el hombre con las mandíbulas encajadas.

—Empezó a llevarme en su automóvil siempre que daba una fiesta o era invitado a las que sus amigos organizaban. A mí no me gustaban aquellos amigos, pero pensaba que eran prejuicios de

muchacha timorata. Aún no sabía cuál era la vida de Paul Rutteford, y el día que lo supe me costó una paliza. Comenzó a vivir conmigo, y a cada protesta me hacía sentir el peso de sus puños. El colmo fue cuando empezó a dejar que aquel energúmeno llamado Mac For me abofetease también.

No vio la expresión de los ojos de Glenn. No vio que éste tenía los labios tan apretados que habían quedado sin sangre.

En voz baja continuó:

—Por entonces, Paul me había trasladado a Nueva York. Pude ingeniármelas para huir de allí y regresé a Boston, pero fue inútil. Yo ya llevaba conmigo su maldición. Cuando supe que «aquello» iba a suceder me desesperé. —Silvia seguía hablando con el rostro entre los brazos—. Pero no quise pedirle dinero. Por fin me sentí enferma y decidí humillarme, pedirle ayuda a costa de lo que fuese, no por mí, sino por el hijo que iba a nacer. Comprendo que en el fondo soy una cobarde, Glenn...

Pero ya no había tiempo.

—Habría sido igual. Paul no parece de esos tipos que prestan ayuda a cualquiera.

Silvia lanzó un gemido, mientras alzaba el rostro.

—Pero no debía haberte contado esto, Glenn... Es asunto mío. No quiero que por mi causa empieces a estropear tu vida. En el fondo, sin quererlo, bastante te he comprometido ya.

—Sí... Mi vida ha sido hasta ahora una cosa modélica —murmuró Glenn entre dientes, como si hablara con un oscuro rencor contra sí mismo—. Y las madres que me están mirando cuando nacen sus hijos, me los confiarían sin vacilar y hasta dejarían de pegar alaridos si yo les prometiese educarlos. Y Laura, mi esposa, me miraría asombrada si supiera que tengo interés por alguna mujer que no fuese ella. Mi vida ha sido una cosa muy blanca... ¿No es eso lo que piensas, muchacha?

¿Verdad que no quieres ensuciarla?

Ella le miró intensamente.

—Cuando salga de aquí, Glenn, regresaré a Boston, y tú no volverás a oír hablar de Silvia Kellington.

—¡Calla!

Lo dijo violentamente, cerrando ambos puños.

—¡Calla de una vez! —repitió roncamente—. ¡Ya estoy harto de

esta vida tonta y mansa! ¡Hasta a veces creo que ayudé al gángster Larrigan para convencerme de que yo también podía hacer algo que estuviese prohibido! ¡Malditos sean todos los que creen en la intachable bondad del doctor Alter!

En sus ojos brillaba una chispa desconocida y temible, que hizo que Silvia se encogiera sobre sí misma.

—¿Qué..., qué te sucede, Glenn?

Se volvió hacia ella y al verla asustada, indefensa, su expresión cambió radicalmente.

«Tengo que ayudar a esta mujer —dijo algo en el fondo de sí mismo—. Tengo que ayudarla...»

Se acercó para acariciar muy suavemente sus mejillas. Silvia no se sorprendió porque sentía una confianza instintiva hacia él; pero aún en el caso contrario, no habría protestado tampoco. Porque, después de lo que había vivido, Silvia Kellington sentía ya en su intimidad que pertenecía un poco a todos los hombres.

Este pensamiento fue el que le hizo apartarse de Glenn.

—Soy... Soy como una rata muerta a tus pies —se atrevió a decir brutalmente—. Déjame.

Glenn pasó la mano por encima de sus cabellos.

—Eres una buena chica, Silvia. Y no dejaré que te ocurra nada.

Glenn Alter recordaría mil veces aquello.

Recordaría aquella extraña promesa.

Todo el resto de la mañana estuvo pensando con temor en lo que sucedería cuando la joven saliese de allí. No podía dejarla expuesta al azar ni bajo la amenaza de las brutalidades de Paul Rutteford. Tampoco podía admitirla en su casa, por ejemplo como secretaria, porque Laura sentiría instintivamente que había algo entre los dos.

¿Y si la empleara en la Isla sin Sueño?

Al principio esa idea le pareció salvadora, pero enseguida tuvo que rechazarla al recordar que Silvia no tenía título facultativo. Por otra parte, los estatutos fundacionales impedían que él pudiera designar al personal, que en todo caso era admitido por la Asociación Médica de Nueva York.

De todos modos, pensó, aquélla era la única probabilidad que tenía en su mano de proteger a Silvia, y se prometió que cuanto antes haría lo posible para conseguir su ingreso.

Regresaba a poca velocidad hacia su domicilio cuando, al estacionar el coche, un hombre vestido de negro se situó junto a él.

Glenn abrió la portezuela y saludó al hombre con un mecánico movimiento de cabeza, como si creyese que estaba allí por casualidad, aunque de sobras imaginaba que se había detenido allí por él.

En efecto, el tipo le detuvo con un suave movimiento de su brazo.

—Me llamo Kleyton —dijo.

—¿Y qué?

El hombre vestido de negro le mostró una placa de la Policía Metropolitana, reluciente como una bala.

—¡Vaya! ¿Y qué quiere de mí?

—Quiero que se dirija andando hacia aquella esquina. No haga ningún gesto que llame la atención. Allí me uniré a usted.

Glenn obedeció. A veces tenía aún la sensación de ser un delincuente vigilado. El hombre de negro se acercó pausadamente a él.

—Doble la esquina.

Obedeció también.

Se había dado cuenta ya de que el hombre vestido de negro tenía las facciones duras, rígidas y crueles. Pero no era eso lo que más impresionaba en él, sino sus ojos, que parecían mirar desde no se sabía qué extraño rincón del otro mundo.

—¿Va a hablar al fin? —preguntó Glenn—. ¿Qué infiernos quiere?

—Ante todo, voy a decirle que mi misión no es oficial. De lo contrario, lo hubiese citado en el Precinto.

—Lo suponía.

—Bien... Yo soy hijo de un antiguo polizone a quien quizá haya oído nombrar. Se llamaba James Kleyton. Ya ve que voy al grano directamente. Mi padre tiraba bien, pero lo hacía al descubierto.

Jamás empleó la pistola antes de que el otro la hubiera empleado ya. Lo mataron hace un tiempo...

Sé que lo mató Paul Rutteford, aunque legalmente eso no haya podido probarse.

—¿Y qué?

—Los jurados tienen miedo.

—Ése no es asunto mío —dijo Glenn—. Y tampoco comprendo adónde quiere ir a parar.

—Yo he heredado la pistola de mi padre.

—Hermoso recuerdo. ¿Qué hace? ¿La mira por las noches?

—Aunque le parezca mentira, así es. Y he grabado ya una bala con el nombre de Paul Rutteford.

—Repito que nada tengo que ver con eso. Ni siquiera sé por qué se dirige a mí. Además...

De pronto, Glenn recordó con claridad a aquel hombre. Kleyton era un personaje fúnebre que siempre se despedía de sus víctimas. Un hombre que grababa en sus balas una marca especial y se dedicaba a repartirlas. Siete pistoleros de una banda del Bronx eran los últimos a quienes Kleyton había dedicado su recuerdo. Los siete ingresaron en la Morgue en tres remesas consecutivas, y Kleyton, con el sombrero en la mano, rígido, fúnebre, meditó ante las mesas de mármol sobre la insignificancia de la vida humana y sobre lo pronto que cualquier desaprensivo puede destruirla.

Y aquel hombre volvió a hablar:

—Voy detrás de Paul Rutteford. Paul Rutteford *es* mío.

Glenn comprendió en fracciones de segundo, de una forma instintiva, que aquel hombre no dejaba que sus actos se rigieran por los reglamentos de la policía, sino por las leyes de la caza.

Susurró:

—Bien... ¿Y qué puedo hacer yo? ¿Por qué me cuenta eso? ¿Cree que voy a quitárselo?

—Puede ayudarme. Quiero que me ayude a buscar pruebas contra Paul Rutteford. Si quisiera lo haría encarcelar por lo que ocurrió en la clínica de Sop, y que ya ha llegado a conocimiento de la policía, pero le cargarían una insignificancia. Y yo quiero a Rutteford bien asado, bien crujiente —aspiró el aire con deleite—. Quiero ser uno de los testigos que asistan a su ejecución, y pienso situarme tan cerca que hasta creeré tener la sensación de que la descarga eléctrica pasa por mi propio cuerpo. Pero no es eso solo. Comprendo que mis sentimientos son vengativos y que no le atañen a usted. Usted debe ayudarme, no por lo que acabo de exponerle, sino ante todo en su propio beneficio.

—¿En mi beneficio?

A Glenn le pareció que el aire de la mañana se había vuelto más

frío, pero ni un músculo palpitó en su rostro.

—Sí. Porque Paul acabará matándolo.

—No veo la razón.

—¿No? Debería saber que aun cuando Paul abandone a una mujer porque ya no le interesa, no puede en cambio consentir que nadie más la toque.

—Es que...

—Sé bastantes cosas de usted, amigo mío. Sé que aquella mujer fue su novia en otro tiempo.

—Más aún. Fue mi prometida.

—Y usted ahora quiere ayudarla.

Glenn reconoció:

—Sí.

—¿Sabe a lo que se expone?

—Al parecer, usted mismo acaba de decírmelo.

—Paul tiene poca paciencia. Le matará.

Glenn asintió, sin saber qué responder. Y al hacerlo, pensaba en Silvia Kellington.

CAPÍTULO VII

LA IDEA MALDITA

Laura entró el desayuno en una bandeja donde estaban doblados también los dos principales periódicos de la mañana. Inalterable y tranquila, como siempre, depositó aquella bandeja a un lado de la cama donde reposaba Glenn.

Éste había pasado casi toda la noche operando, no pudiendo acostarse hasta las cinco de la mañana. Ahora eran las nueve y tenía aún la sensación de que el mundo daba vueltas en torno suyo.

Laura susurró:

—Buenos días, Glenn.

—Buenos días. Llegué anoche muy tarde, ¿verdad? No tengo idea ni de la hora que era. —Las cinco.

—Fue horrible...

—Pero ¿se salvaron la madre y el niño?

—Afortunadamente, sí. Pero no me siento como antes, no sé qué me ocurre. Parece como si me faltara decisión en los momentos cumbres. Antes eso nunca me ocurrió. Yo era, sobre todo, un cirujano decidido.

Se sentó en el lecho y bebió un sorbo de café. Al alzar los ojos encontró clavada en él la mirada penetrante de su esposa.

Una mirada que parecía atravesarle y penetrar como un estilete hasta el fondo mismo de su cráneo.

—¿Qué piensas, Laura?

—Pienso en ti.

—Es que... —el rió torpemente, intentando disimular—. ¿Es que ocurre algo especial conmigo?

—Tú mismo lo has dicho. Estás raro, no eres como antes. Las cosas te han ido bien últimamente, al levantársete la suspensión y, sin embargo, has envejecido. Hay en tu frente una arruga que antes no tenías. Yo diría que hay un cambio profundo y sustancial en ti, Glenn. A veces no te conozco.

Él quiso reír otra vez, pero su risa sonó falsa.

—Son imaginaciones tuyas —musitó.

—No. Yo sé bien que no lo son.

—¿Qué piensas? ¿Que he ganado un millón en las carreras de caballos y no sé cómo ocultártelo?

¿Que he olvidado de repente cómo se opera a una mujer? ¿O que alguien intenta matarme?

Se empequeñecieron un instante los ojos de Laura, los dulces y almendrados ojos de Laura.

Glenn se dio cuenta de que había hablado demasiado.

Parecía como si ella adivinase, como si penetrara sin esfuerzo hasta los últimos rincones de su conciencia.

—Perdona —susurró el médico—. A veces digo tonterías.

—No te preocupes, Glenn. Yo creo en ti.

Sin saber por qué, a Glenn aquellas palabras le hicieron daño. Fue como si pensara que no era digno de la confianza de su esposa.

Desdobló el primer periódico.

Y la noticia que enseguida saltó a sus ojos fue la de una muerte. La de un asesinato, mejor dicho.

Un policía llamado Kleyton había sido hallado sin vida en las aguas del Hudson, adonde alguien le arrojó atado a un bloque de cemento.

Justo una noche antes.

Glenn pensó en Silvia al leer aquella noticia. Siempre en Silvia Kellington. No se le ocurrió pensar en Laura, su esposa, como si ella estuviera a salvo de todo peligro. Sólo en Silvia, con la que pudo haber vivido una aventura inolvidable.

—Voy a vestirme —susurró.

—¿Tan pronto?

—Esta mañana he de pasar visita.

—Me dijiste anoche que los ayudantes la pasarían por ti. Que después de haber trabajado hasta las cinco de la madrugada, habías quedado con ellos en que descansarías unas horas más.

Glenn recordó que, en efecto, lo había dicho, pero trató de disimular ante Laura.

—He recordado que tengo un caso difícil. Si no lo examino personalmente, puede agravarse.

Laura, sumisa como siempre, musitó:

—Tienes dispuesto un traje nuevo, Glenn.

El apenas tomó dos sorbos del desayuno que ella misma le había preparado. Bruscamente el sueño había desaparecido, y estaba tan despabilado como si hubiese dormido nueve o diez horas.

Sólo sentía que le temblaban los dedos, pero procuró disimular delante de su esposa.

Tras de vestirse rápidamente, salió de la casa.

Dio a Laura un beso superficial, un beso que ésta notó en sus labios como el contacto de un pedacito de hielo.

—Glenn...

—¿Qué?

—¿Estás seguro de que no te sucede nada esta mañana? ¿De verdad no te ha afectado alguna noticia del periódico?

—¿Qué noticia iba a afectarme, Laura?

—No sé... Quizá lo del policía.

—¿Qué policía? —Intentó disimular Glenn.

—El que ha muerto asesinado.

El tragó saliva.

—Sí, recuerdo haberlo leído, pero sólo por encima —dijo maquinalmente—. Claro que... ¿eso qué tiene que ver conmigo? No pienses en ello, Laura. Ahora ya no puede haber ninguna relación entre el policía y yo.

—Dios te oiga.

El, sin atreverse a mirarla, montó en su automóvil y condujo a gran velocidad no hacia la Isla del Sueño, sino hacia la clínica de Sop.

Ni siquiera se dio cuenta de que equivocaba la dirección, pues ambos centros estaban uno a cada lado de la ciudad.

Laura, con los labios prietos, la mirada perdida, se mantuvo quieta en la puerta durante largo tiempo.

—Silvia...

Aquella mañana, Silvia ya se sentía mejor, y vestía traje de calle, cortado estilo sastre. Desde la ventana de su habitación, se volvió

hacia Glenn y entreabrió los labios para sonreírle.

Glen susurró otra vez:

—Silvia...

Se daba cuenta de que ella era un animal endiabladamente joven, endiabladamente perfecto, endiabladamente hermoso. Se daba cuenta también de que Silvia era capaz de soportar todos los sufrimientos sin que la alterasen, sin que afectaran su extraña belleza.

—¿Por qué has venido, Glenn?

—Deseaba ver qué tal seguías.

—¿Sólo eso, Glenn?

Ella se sentó frente a él, en uno de los pequeños sillones de la habitación, y cruzó las piernas. Lo hizo sin afectación, sin coquetería, con la misma naturalidad que si estuviera sola. Pero pareció adivinar los pensamientos del hombre, cuando notó la fuerza metálica de su mirada sobre las rodillas y susurró:

—Yo contigo no podría ser coqueta nunca, Glenn.

—¿Por qué dices eso?

—Por dos razones. La primera de ellas, porque eres casado. La segunda, porque he llegado ante ti a la máxima vergüenza a que puede llegar una mujer. Porque es imposible que, después de lo que sucedió en la sala de partos, me puedas considerar bonita.

El cerró los ojos.

—No es eso, Silvia.

—¿Por qué, entonces, tienes esas atenciones conmigo? ¿Por qué, Glenn? ¿No te das cuenta de que te conviene apartarte de mí?

Él dijo roncamente:

—No me preguntes. No podría darte una respuesta... —Glenn, te lo suplico..., ¡déjame sola! ¡Apártate de mí!—. Hay muchas cosas que nos unen, Silvia.

—Lo único que podría unirnos es el recuerdo de una época en que nos pareció que el mundo era nuestro. El recuerdo de una época en que nos amamos y estuvimos llenos de ilusiones, en que los dos fuimos puros y limpios de corazón. Pero eso, en mi miseria actual, no significa nada.

—Lo significa todo, Silvia.

—No te entiendo.

—Tú significaste para mí tanto que no puedo consentir que

quedes desamparada.

—Es mi destino. Debes olvidarme.

—En tu destino está esa hiena llamada Paul Rutteford. No puedo permitir que camines sola e indefensa hacia él.

Silvia cerró los ojos. Quería mantenerse serena, pero a sus ojos asomaban las lágrimas.

—Apártate de mí, Glenn. Yo sé que Paul no me perdonará nunca y acabará matándome. Procura no estar en mi camino cuando lo haga.

Glenn apretó los labios.

Y se preguntó ahora, por primera vez, si él sería capaz de matar a un hombre como Paul Rutteford.

CAPÍTULO VIII

UN HOMBRE EN CRISIS

Silvia dijo lentamente:

—Conozco algunos de los procedimientos y los crímenes de Rutteford, y podría hacerle pasar un mal rato ante un jurado. Claro que si yo obrase así, cualquiera de sus hombres me mataría luego. Pero lo lógico es que se anticipen a ese peligro eliminándome del mundo de los vivos antes de que pueda abrir la boca.

—No pienses en ello. Tu idea es absurda. ¿No te das cuenta? Estamos en un país donde suele respetarse la libertad individual. La policía existe, y cuando hace falta, es enérgica.

—Ellos también lo son.

—¿Te refieres a los hombres de Rutteford?

—Están tan bien organizados como la misma policía, y son bastante más rápidos y expeditivos que ésta. Además, ¿quién te ha dicho a ti que algunos policías no se cruzan de brazos cuando se les paga bien? Tú ignoras lo que es ese mundo porque siempre has vivido apartado de él. Pero yo sé perfectamente que aquí una mujer puede correr tanto peligro como en medio de la selva.

Glenn apretó los puños, no queriéndose declarar vencido. La idea maldita volvía una y otra vez a su cerebro. ¿Sería él capaz de matar a Paul Rutteford?

Oyó como una cosa lejana la voz de Silvia:

—Por eso te suplico que te apartes de mí —decía ella—. Te lo suplico con toda mi alma.

—Avisaremos a la policía.

—Sería peor, Glenn. Entonces sí que estaría seguro de que

preparo algo. Me haría matar antes de las veinticuatro horas. Mi única salvación consistía en pasar inadvertida, pero tuve la desgracia de tropezar con Rutteford aquí y él ha dado a las cosas una interpretación que no le gusta. Cree que le persigo. Se siente intranquilo, y cuando ese sentimiento le domina es capaz de cualquier cosa.

Además, matar a un ser humano nunca ha tenido demasiada importancia para él, y menos si ese ser humano es simplemente una mujer que no tuviera quien la defendiese.

Aquellas palabras, pronunciadas por Silvia de un modo casi intrascendente, llegaron hasta el fondo del corazón de Glenn.

Una mujer que no tuviera quien la defendiese.

Eso era simplemente Silvia. Una mujer a la que no defendía nadie, por la que no se preocupaba nadie. ¿Iba él a dejar que una bestia como Paul acabase con ella? ¿Iba él a asistir un día impasible a su entierro, como si entre ambos nunca hubiera sucedido nada?

Su rostro estaba contraído y entre sus cejas se formaba una profunda arruga vertical. Ella susurró:

—¿En qué piensas?

—En una cosa que no tiene sentido.

—¿Qué es ello, Glenn? ¿O se trata de algún secreto?

—¿Secreto? ¡Oh, no!

—¿Por qué no me lo explicas? Te veo preocupado y pienso que tal vez el decírmelo te alivie.

El la miró al fondo de los ojos.

—¿Te das cuenta de que fuiste mi primera novia, Silvia?

—Y tú mi primer novio.

—Es extraño pensar cómo luego nos ha arrastrado la vida, ¿verdad?

—Lo he pensado millones de veces. Y he pensado millones de veces también que tú fuiste el primer hombre que me besó, Glenn.

Hubo un levísimo estremecimiento en los hombros masculinos.

—Nunca he llegado a saber por qué nos separamos.

—Éramos demasiado jóvenes.

—Demasiado jóvenes y demasiado puros —susurró él—. Muchas veces me he confesado que aquel amor tan limpio y tan sencillo, donde nunca sucedió nada, es sin embargo, lo más hermoso que ha habido en mi vida.

—No digas eso, Glenn.

—¿Por qué?

—¿No eres feliz ahora?

Glenn se estremeció otra vez. La pregunta era demasiado directa, le hacía daño.

—No debes preguntarme eso.

—Entonces adivino que no eres feliz.

—No tengo derecho a quejarme. Creo que todo marcha bien en mi hogar, pero si algo no marchase, la culpa sería mía. A veces tengo la sensación de que he dado un desengaño a Laura.

—Laura... Tú mujer se llama así...

Latía como una oculta envidia en la voz de Silvia. O al menos Glenn creyó notarlo.

—Sí, se llama Laura.

—¿Por qué dices que le has dado un desengaño? Tú eres precisamente uno de esos hombres que no mienten a nadie, Glenn.

—Sí, tal vez... Pero es que apenas me he preocupado de ella. Supongo que Laura tenía ilusiones cuando se casó conmigo, como todas las mujeres. Creía casarse con un hombre enamorado y se casó con una máquina. Desde que unimos nuestros destinos, no he hecho más que preocuparme de mi trabajo, de mi profesión, como si Laura no importase nada. He ayudado a lograr que miles de mujeres tuviesen hijos en buenas condiciones y sin embargo, jamás le he dado un hijo a ella, que tenía derecho a esperarlo. Por eso no sé hasta qué punto soy digno de que se me ame.

Silvia intentó emplear sus propias palabras para desanimarle y borrar aquella peligrosa atmósfera de intimidación que se iba creando entre los dos.

—¿Lo ves? Tuve una gran suerte al no casarme contigo.

Él dijo con aquella voz sincera que siempre tenía, con aquella voz de hombre que no sabe mentir:

—Tengo la sensación de que contigo hubiera sido distinto.

—¿Por... qué?

—Tú vibras, y Laura no. Laura no conoce ni la mitad de mis asuntos. Tengo la sensación de que no se preocupa por ellos ni se preocupará jamás.

—No digas eso.

—Es verdad.

Ella se dejó arrastrar, sin quererlo, por aquel clima de intimidad que parecían respirar ambos.

—A veces me parece increíble que tú y yo hayamos estado a punto de casarnos, Glenn.

—Y a mí me parece increíble que hayas sido de otro.

La mujer guardó silencio.

Durante unos instantes su respiración fue tan queda, tan angustiada, que su pecho ni siquiera se movió. Con las manos unidas sobre su regazo, con los ojos entrecerrados, evitó mirarle.

Parecía como si la vergüenza la dominara a pesar de que las palabras de Glenn habían sido pronunciadas con pena y no como un reproche.

Al fin Silvia insistió:

—Necesito que te alejes de mí, Glenn. Te lo pido con toda mi alma. Te lo suplico por el amor que un día nos tuvimos.

El apretó los labios.

Por el amor que un día nos tuvimos.

Aquellas palabras llegaban hasta el fondo de su corazón y le hacían daño, un daño desconocido e inconfesable.

—¿Apartarme de ti? —musitó—. Muy bien. ¿Y luego? ¿Qué será luego de ti? ¿Es que quieres dar facilidades a ese tipo para que te mate?

—Lo único que pretendo es que no te mate a ti también.

—Hablas como si ese crimen fuera inevitable.

—Lo es.

Él dijo con una extraña decisión:

—Yo acabaré antes con aquella bestia, Silvia.

—Tú, Glenn... ¿Tú dices que acabarás con ese hombre? ¿Sabes ya lo que significan tus palabras?

—Sé que alguien tiene que hacerlo.

—Estás loco.

—Paul Rutteford no te molestará más. Sé de un modo de darle su merecido. Sólo necesito que tú me ayudes.

—¿De qué modo?

—No moviéndote de aquí aunque Sop te declare fuera de peligro. Conviene que no recibas visitas ni salgas de la habitación. Pero escribirás una carta a Rutteford diciéndole que vaya a verte al Oufitter's

Street, pasado el río Harlem. Hay allí una casa marcada con el número 110. Lo tendré todo preparado para recibirle.

Ella ni siquiera tomó en serio las palabras de Glenn.

—No sé qué te propones, pero en todo caso más vale que pienses en otra cosa. Rutteford va a acompañado siempre, y hasta es probable que no acuda a la cita. Yo... no le importo ya como mujer.

Glenn fue a decir algo, pero no pudo.

Porque de repente alguien, alguien que parecía llegar aterrorizado, abrió bruscamente la puerta.

CAPÍTULO IX

EL TESTIGO

El que acababa de entrar bruscamente en la habitación era un hombre. Glenn se dio cuenta enseguida de que se trataba de un tipo de unos cincuenta años, más bien grueso, bien vestido y que sudaba como si le hubiese perseguido una manada de bisontes.

El hombre cerró la puerta a su espalda, y en su mirada hubo una expresión de alivio al ver allí a Glenn.

—¡Gracias a Dios...! Le estaba buscando.

—¿A mí?

—Usted es el doctor Glenn Alter, ¿no?

—Justamente. ¿Qué ocurre? ¿Es que hay que operar a alguien con urgencia?

El hombre sonrió.

—No, esta vez no es eso. Comprendo que usted esté acostumbrado a que le llamen cuando una parturienta está a punto, pero yo vengo por otra cosa —se frotó ostentosamente las narices y añadió—: Vengo por algo completamente distinto y que está relacionado con un tipo al que echaron de aquí.

—¿Qué clase de tipo?

—Usted debe recordarlo. Se trata de Paul Rutteford.

Glenn estuvo a punto de dar un salto. Se puso bruscamente en pie, mientras palidecía.

—¿De qué conoce usted a Paul?

—Fui testigo de uno de sus crímenes. Todo el mundo sabe que Paul es un jefe de *gang*, pero nadie le acusa ante un tribunal. Faltan testigos precisamente. Y yo, si hablara, podría llevarle a la silla

eléctrica.

Glenn parpadeó. Tenía la sensación de no haber comprendido bien.

—Suponiendo que sea cierto lo que usted dice, ¿por qué me ha buscado precisamente a mí?

—Usted ha sido el único tipo que en estos dos últimos años se ha atrevido a hacer algo contra Rutteford. He oído decir que lo echó de aquí.

—No lo eché yo, exactamente.

—¿No?

—Esta clínica no es mía. A ese tipo lo echó su dueño, el doctor Sop.

—Pero lo hizo porque usted le atizó una buena somanta, ¿no?

—¿Para qué voy a mentir? Yo no pegué a Rutteford, sino a uno de sus gorilas.

—Pero ya era atreverse.

Glenn miró reflexivamente al recién llegado.

—Oiga..., ¿usted qué pretende?

—Busco ayuda.

—¿Ayuda para qué?

Vio al hombre retorcerse las manos ansiosamente.

—Mire, los tipos de Rutteford me vienen persiguiendo hace años. No me dejan vivir.

Desde que yo tenía una tienda en la Calle Doce y me negaba a pagar sus «impuestos», me han gastado bromas de todos los colores. La última «broma» consistió en matar a mi mujer. He llegado ya a un extremo en que no puedo aguantar un día más.

—¿Por qué no avisa a la policía?

El otro lanzó una carcajada ronca, amarga y áspera.

—¿Cree que no lo he hecho?

—¿Y...?

—La policía ha tenido que preocuparse, ante todo, de garantizar mi seguridad. ¿Y sabe lo que se les ha ocurrido siempre? ¡Pues meterme en una celda! Me he pasado semanas y semanas entre rejas para que los buitres de Paul Rutteford no pudieran picotearme. Luego ocurría siempre lo mismo: El juicio se aplazaba indefinidamente o el fiscal del Distrito, atemorizado, retiraba la acusación. Pero ahora es distinto. Ahora hay un fiscal de verdad, un

tipo que no admitirá nuevas vacilaciones.

—¿Por qué no acude a él?

—He de hacerlo en el último momento, un día o dos antes de que se celebre el juicio. Si lo hago demasiado pronto, me tendrán encerrado y los hombres de Rutteford me apiolarán igualmente. Lo único que me hace falta es desaparecer. ¡Desaparecer hasta dos días antes de que se celebre el juicio!

Glenn susurró:

—Creo que no le comprendo.

—Porque no tiene usted experiencia en estas cosas, claro.

—Ninguna experiencia —reconoció—. Yo no soy más que un médico.

—Pero es la única persona que puede ayudarme.

—¿Por qué había de hacerlo?

—En beneficio del país y de nuestra civilización. En beneficio de usted mismo... y de esa mujer a la que quiere.

Silvia se sonrojó violentamente, mientras Glenn se mordía los labios. Por lo visto aquel hombre había adivinado más de lo que parecía con una sola mirada.

—No lo hagas, Glenn —musitó ella—. Éste no es asunto tuyo. No debes aceptar nuevos peligros por mi causa.

—La ley es asunto de todos... —dijo sombríamente el recién llegado.

—La ley es asunto de todos... —repitió Glenn con un hilo de voz—. Comprendo lo que quiere decir.

—No tengo ayuda de nadie... —musitó el hombre.

—¡Ni siquiera tengo apoyo para cumplir con mi deber! Todo el mundo teme a Rutteford, y usted es el único que se atrevió a enfrentársele. ¿Por qué no me ayuda?

¿Qué cree que le pido en realidad?

—Que le oculte hasta que se celebre el juicio, supongo.

—Así es.

—¿Cree que una clínica es lugar seguro?

—El más seguro del mundo, según en qué circunstancias.

—¿Qué quiere decir?

—Muy sencillo. ¿No entran aquí heridos que presentan grandes lesiones en la cara?

—Pues... claro.

—¿No podría ser yo uno de ellos?

—¿Quiere decir que le hospitalicemos... con el rostro completamente vendado?

—Eso es justamente lo que quiero decir.

Glenn se llevó un momento la mano derecha a los ojos. La idea, que le había parecido absurda en el primer momento, tenía, sin embargo, su endiablada lógica. ¿Cómo iba a sospechar Paul que su enemigo estaba allí? ¿Cómo iban a identificar a un tipo vendado completamente?

Abrió los ojos. Notaba fuertemente en su brazo izquierdo el contacto ansioso de los dedos de Silvia.

—No lo hagas, Glenn.

—¿Por qué no?

—Te costará la vida.

Glenn no supo por qué dijo aquellas palabras. Nunca lo sabría tal vez. Pero se encontró diciendo:

—Salvaré la tuya, muchacha. Para mí, eso es suficiente.

Hizo una señal al recién llegado indicándole que se acercase más. Había que concretar el plan.

CAPÍTULO X

NOCHE ETERNA

Sop no puso ningún inconveniente cuando Glenn le habló del plan. Por diversas causas le convenía estar a bien con las autoridades, por lo que ayudar al fiscal del Distrito proporcionándole un testigo, le pareció algo muy conveniente a sus intereses. Además, no veía ningún inconveniente en tener allí a un tipo con la cara vendada, un fulano a quien no conociera nadie.

Por eso dijo:

—Adelante, Glenn.

—¿Dónde lo pondremos?

—En la habitación 15. Es una que se emplea raramente, ya lo sabes, porque no tiene ventanas al exterior. No llama de ninguna manera la atención y además, es la más segura.

—De acuerdo.

Sop con su oronda humanidad, se apoyó casi en él al pasarle un brazo por encima de los hombros.

—Oye, Glenn...

—¿Qué?

—Es estupendo eso de ayudar a la justicia, ¿no?

—Creo... que es nuestro deber.

—Muy bien, muy bien... Yo también lo creo. Pero tú tienes que hablarme como a un amigo. ¿Lo haces por la justicia... o lo haces por aquella chica?

Glenn se mordió los labios.

En el fondo de su conciencia, en el fondo de su sinceridad, no supo dar una respuesta.

El testigo fue tratado con más secreto y más cuidado que si fuera una bomba de hidrógeno.

Sólo tres personas conocieron su verdadera identidad, aparte de Sop y el doctor Glenn Alter. Se destinó a una enfermera para que le atendiese día y noche. Se aplicó en apariencia un tratamiento especial para los heridos por quemaduras muy graves, y se decretó la prohibición absoluta de molestarle para nada. De ese modo el testigo quedaba casi tan aislado como si estuviera en el fondo de una tumba.

Estas medidas eran ya aplicadas regularmente a los heridos muy graves, de modo que nadie en la clínica mostró extrañeza.

Y Glenn se dijo que por fin Paul Rutteford iba a pagar todas sus villanías.

Por fin todo iba a resolverse sin que él tuviera necesidad de empuñar un arma para administrar la justicia rápida y expeditiva de los bajos fondos, la justicia del plomo.

En cierto modo, aquello era un triunfo.

Sentía como si volviese a vivir.

Laura, su esposa, notó sin embargo que algo extraño le ocurría.

—Estás desconocido, Glenn —le dijo un par de noches más tarde.

El intentó sonreír.

—¿Desconocido? ¿Por qué?

—Te veo preocupado, absorto... Da la sensación de que siempre estás pensando en otra cosa.

—Debe de ser el exceso de trabajo.

—Siempre lo has tenido, y, sin embargo... eras otro hombre.

Glenn evitó mirarla. Se sentía culpable, pero no podía precisar exactamente en qué consistía su culpabilidad. ¿En haberse dejado arrastrar por los recuerdos que le unían a Silvia? ¿En haber intentado salvarla?

En todo caso era algo que no podía explicar a Laura, algo que seguramente ella no entendería.

Pero el solo hecho de que por su causa existiera aquel secreto entre los dos, ya representaba una culpa.

Laura añadió, buscando tímidamente su mano por encima de la mesa:

—Si en algo te puedo ayudar, Glenn... Si hay algo que puedas

confiarme, que yo pueda hacer por ti... No vaciles en mandármelo. Lo haré, *sea lo que sea*.

—No hay nada, Laura.

—Yo te quiero, Glenn. Te quiero lo bastante para hacer por ti lo que sea preciso.

—Es que... te digo la verdad. No hay nada.

—¿Podrías prometérmelo?

El apretó los labios.

Le dolía mentir. Le dolía que aquel secreto que había entre los dos se fuese convirtiendo poco a poco en un abismo.

—No hay nada.

Y se puso en pie, dejando el desayuno a medio consumir. Laura le contempló con aquella mirada que parecía llegar desde muy lejos, pero que sin embargo, le atravesaba. Aquella mirada tan dulce que llegaba a hacer daño.

Laura susurró:

—¿No terminas?

—Tengo prisa.

—¿Ocurre hoy algo especial?

—No, nada. Pero he de estar cuanto antes en la clínica. Ella bajó los ojos.

—Ya comprendo.

—¿Qué es lo que comprendes, Laura?

—Nada... Sencillamente eso, que tienes mucho trabajo y que yo te estoy importunando con mis preguntas.

—Tú... Tú no me molestes nunca, Laura.

Ahora fue ella la que se puso en pie para ayudarle a vestirse la americana. En cada uno de sus gestos había una suave docilidad que llegaba hasta el alma.

—Adiós, Laura.

—Si quisieras confiar en mí...

Él le acarició la barbilla con un gesto que le salió falso.

—Es que no ocurre nada especial, Laura. Nada... No sé por qué has llegado a preocuparte.

—Porque te quiero.

Glenn susurró:

—Tengo prisa, Laura...

Y salió como un ladrón de su propia casa.

Glenn fue directamente a la habitación donde se encontraba el testigo. Vio a la enfermera de turno sentada en una mesita cerca de la puerta.

—Buenos días.

—Buenos días, doctor.

—¿Qué tal la guardia?

—Como siempre. Aburrida.

—¿Ha pedido algo nuestro paciente?

—Nada. Ha dormido como un lirón.

—¿Y usted? ¿No se ha dormido?

—¿Yo? Yo soy una enfermera consciente, doctor.

—Lo sé —dijo Glenn, con una suave sonrisa—. Por eso la elegí a usted precisamente para este trabajo...

Oprimió el pomo de la puerta y entró en la habitación, que estaba sumida en penumbra.

El «paciente» dormía tranquilamente, tendido de costado en la cama. Se oía en la quietud de la habitación su respiración regular y pausada.

Pero Glenn debió hacer algún ruido al entrar. El testigo se movió un poco hacia un lado. Producía un efecto extraño, casi siniestro, con la cara completamente vendada en la que sólo eran visibles las dos pequeñas rendijas para los ojos, además de una abertura para la boca. Pero Glenn, acostumbrado a aquellos espectáculos, ni siquiera le miró. —Buenos días— dijo de espaldas a él.

—¿Es de día ya?

—Por lo visto usted ha perdido un poco la noción de las horas en esta habitación sin ventana —dijo Glenn suavemente—. Resulta muy aburrido, ¿verdad? Seguramente más de lo que pensaba.

—Ujú.

—¿Se aburre?

—Ujú.

Glenn, de espaldas a él, preparaba un líquido ambarino en una jeringuilla hipodérmica.

—¿Qué va a hacer?

—Usted tiene un enemigo: El nerviosismo.

—Sí, claro.

—Esto le hará pasar las horas apaciblemente. Se sentirá mucho mejor cuando le inyecte.

—¿Es un somnífero?

—No. Sólo un tranquilizante.

—¡Vaya!

Glenn encendió el alcohol para quemar la aguja.

De pronto el testigo se movió a su espalda.

—No se mueva. Será mejor que descanse...

Pero el ruido se repitió.

Y entonces Glenn se volvió hacia la cama. Sus ojos se dilataron con una expresión de horror.

CAPÍTULO XI

LA TRAMPA

Ante sus ojos estaba ocurriendo ahora una cosa absurda, una cosa que, al parecer, no tenía sentido alguno.

El hombre que se había ofrecido como testigo, aquél a quien él estaba cuidando y atendiendo, se había puesto en pie. Y avanzaba empuñando un largo estilete en la mano derecha.

Glenn masculló:

—¿Qué ocurre? ¿Se ha vuelto loco?

Demasiado tarde se dio cuenta de que el tipo que ahora avanzaba hacia él era mucho más alto y fuerte que el que debió ocupar aquella cama. Que tenía los vendajes puestos sobre el rostro a toda prisa. Y que el pijama estaba puesto sobre un traje, al término del cual se veían brillar dos zapatos de piel negra.

Era absurdo, pero...

¡Pero aquel hombre no era el mismo! El que ahora estaba allí era sencillamente...

¡Un asesino!

Glenn, sin pensarlo dos veces, le lanzó a la cara lo único que tenía a mano en este momento: la aguja hipodérmica.

Ésta se le clavó en el rostro de su enemigo, haciéndole lanzar un gruñido.

Pero se lanzó al ataque con el estilete en alto.

Era un tipo experto, y Glenn sabía que iba a buscar el corazón a la primera embestida. El estilete sería tan mortal como una bala.

Pero ni por un momento pensó en pedir auxilio.

Aquél era un asunto suyo, un asunto que tenía que resolver

jugándose a una carta la piel y la sangre.

Movió ambas manos y logró bloquear el brazo de su enemigo. Éste chocó contra la pared, pero apenas produjo ruido. Glenn le dio un rodillazo, haciéndole perder el equilibrio.

Ahora el hombre cayó sobre la cama.

El mueble se movió.

Glenn pudo ver entonces lo que había bajo él. Pudo ver el cuerpo inerte del hombre a quien había querido presentar como testigo. Y por debajo de aquel cuerpo resbalaba un hilillo de sangre.

Glenn encajó las mandíbulas.

Sus ojos adquirieron un brillo asesino, un fulgor que no habían tenido nunca, mientras alzaba los dos puños enlazados por encima de su cabeza.

El golpe cayó sobre el pabellón nasal de su enemigo, cuando éste no se había repuesto aún. La conmoción tremenda de un cerebro pareció transmitirse a todo su cuerpo.

Pero el asesino —porque ahora ya no cabía duda de que lo era— aún pudo lanzar el estilete en un rápido y feroz movimiento de abajo arriba. La afilada hoja desgarró parte de la americana de Glenn, aunque sólo penetró muy levemente en su carne.

Un nuevo golpe, ahora propinado con el canto de la mano al cuello del asesino, bastó para que éste quedase quieto después de lanzar un grito. Aquel grito se convirtió enseguida en un ronco estertor, mientras el hombre parecía ahogarse.

Pero ahora el ruido ya había sido escuchado desde fuera. La puerta se abrió bruscamente.

La enfermera de servicio asomó la cabeza por el hueco de la puerta, con el rostro congestionado.

—¿Qué ocurre? Pero...

De pronto vio la escena y comprendió enseguida. Tuvo que apoyarse en la pared, mientras sus facciones se volvían blancas.

—¿Ha dejado un momento su puesto, señorita? —preguntó Glenn, sin querer mirarla.

—No...

—Sólo he ido dos minutos al lavabo.

—Debían estarle espiando y han aprovechado el momento. Su trabajo ha sido eficaz y silencioso, diablos. ¿Quiere hacer una cosa?

—Sí..., sí, señor.

—Líame a un par de auxiliares y que bloqueen el pasillo. Nadie debe acercarse aquí. Y avise a la policía.

—Sí. Sí, señor...

La enfermera salió tropezando con las paredes.

Glenn respiró lenta, pesadamente, como si sobre él pesara toda la fatiga y toda la pesadumbre del mundo.

Porque sabía que aquella situación no tenía salida.

Porque estaba convencido ya de que sólo había un recurso para librarse de una fiera como Paul Rutteford.

Matarlo.

Silvia parecía nerviosa, pero Glenn dijo con una solemne calma, recalcando cada palabra:

—Es necesario que Paul y yo nos encontremos. Que nos encontremos absolutamente a solas.

—Pero, Glenn...

—Es necesario. Si yo no lo mato antes, él te matará irremisiblemente a ti. Ahora ya está convencido de que sabes demasiado.

—Si sólo fuera eso, yo... Quiero decir que a mí no me importaría.

—Es que incluso lo hago por egoísmo —mintió Glenn.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora las cosas ya están definitivamente planteadas en un terreno mortal. Si yo no lo mato a él, será él quien me mate a mí.

—La policía...

—Sabes de sobra que resulta inútil llamar a la policía. No se puede confiar en ella.

Silvia se retorció los dedos muda y desesperadamente.

—¿Qué debo hacer? —gimió.

—Tú no correrás ningún peligro.

—No es eso lo que me duele. Me duele que lo corras tú.

Glenn extrajo una hojita de papel, arrancándola de su agenda.

—Voy a apuntarte la dirección de que te hablé el otro día. Necesito que la carta salga hoy de tus manos para tener la seguridad de que llega a su destino a tiempo. Pasado mañana, a las once de la noche, es la cita. Sólo tienes que decir a Paul Rutteford que quieres verle. Que quieres verle a solas para confiarle algo muy importante. Si él acude se encontrará conmigo.

Hizo un gesto, acallando la protesta que iba a iniciar la muchacha, y añadió velozmente:

—Ahora está ya todo decidido, y si faltas me pondrás en un aprieto, Silvia. Escribe la carta ahora mismo.

Sin dejarle ocasión para responder, Glenn salió de la habitación, perdiéndose rápidamente pasillo abajo.

Su expresión era reconcentrada, sus ojos parecían no ver.

Y era verdad: No veía.

Ni siquiera se dio cuenta de que Sop se estaba midiendo su voluminoso vientre con una cinta métrica.

CAPÍTULO XII

JUGANDOSELO TODO

Glenn Alter siempre había sido un hombre honrado.
Oufitter's

Street era una calle tortuosa y siniestra.

Por eso, la calle y el hombre que aquella noche la visitó, no simpatizaron demasiado.

El local marcado con el número 110, y que era aquél donde Glenn había dado la cita a Paul Rutteford, estaba destinado a convertirse en un consultorio médico popular de los suburbios. Algunos jóvenes, la mayoría amigos de Glenn, lo instalaban, y Glenn había de convertirse en su director pero sin cobrar nada por sus servicios. Por eso, detrás de la puerta metálica, había aún andamios de los pintores y tubos de plomo surgiendo de las paredes, ya que los lampistas no habían concluido su tarea. Y todo aquello estaba envuelto en una casi impenetrable oscuridad Glenn llegó allí sobre las once de la noche.

Había pedido a Paul, por medio de la carta que Silvia escribió, que viniera allí completamente solo, pero resultaba muy difícil fiarse de un tipo de aquella catadura. Era más que probable que alguno de los «torpedos» del *gángster* estuviera vigilando la entrada.

Por eso Glenn penetró por una puertecilla lateral que daba a otra calle distinta.

Sólo le vieron un par de transeúntes y un taxista que pasaba por allí con su vehículo a poca velocidad.

«Si me liquidan, ni siquiera tendré un testigo —pensó Glenn—. No me encontrarán hasta que vengan los pintores mañana».

Consultó su reloj.

Faltaban tres minutos para las once, y suponía que Paul iba a ser puntual. Le convenía llegar pronto o nunca.

Dio unos pasos por las dos salas a oscuras, que conocía perfectamente bien. Ni un rumor llegaba hasta él, ni un resquicio de luz se filtraba por las ventanas cerradas.

Un minuto para las once.

Glenn arrancó la tapa de oro del anillo que llevaba en el anular de la mano derecha, y miró las pequeñísimas puntas de acero que formaban la superficie de la joya, una vez arrancada aquella tapa.

Aquel anillo perteneció ya a su padre, y podía causar un leve rasguño si se golpeaba a alguien con él. Sólo un leve rasguño. Pero esta noche iba a servir a Glenn Alter, al parecer un hombre joven e inofensivo, para un crimen perfecto.

Sonrió al pensarlo, con expresión amarga. No podía creer que el hombre que estaba allí, acechando, pensando en el crimen sin huellas, fuera precisamente él mismo.

Había tenido largo rato las puntas de aquel anillo, media hora antes, en íntimo contacto con las vísceras de un cadáver que ya empezaba a descomponerse. Esto no tenía nada de extraño, dada la profesión de Glenn Alter. El contacto con cadáveres es algo que todo médico, aunque a disgusto, se ve obligado a practicar. A veces todos los días.

Glenn sabía que, al cabo de muchos años de profesión, hay quien se habitúa y se olvida de la necesidad de usar guantes. Un leve corte, una rozadura, pueden ser entonces de efectos mortales.

Los ojos de Glenn se enturbiaron.

Le bastaría golpear a Paul Rutteford con aquel anillo, hacer que sangrase, para que el íntimo veneno que brota de las entrañas mismas de la Muerte produjera su efecto en el rostro del granuja.

Tal vez le podría golpear en la sien o en el labio superior, zonas que, a través de canales rápidos y siempre un poco misteriosos, llegaban al cerebro rápidamente. Cuando Paul, a la mañana siguiente, intentase reaccionar, ya sería demasiado tarde.

El veneno que procede de las entrañas de un cadáver no deja nunca huellas. Sencillamente, todos los cadáveres segregan las mismas sustancias. En la autopsia es imposible adivinar nada.

Glenn sabía eso.

Además, no llevaba armas. A propósito lo había hecho así, para que nunca pudiera probársele intención de matar.

El ir desarmado podía resultar mortal ante los hombres de Paul Rutteford, si éste no venía solo, pero necesitaba correr ese riesgo.

Aquella situación, en el nuevo hombre que era Glenn Alter, no le producía ninguna excitación ni ningún nerviosismo.

Las once en punto.

Fue en aquel momento cuando alguien llamó dos veces a la puerta, empleando los nudillos.

El mismo Glenn fue a abrir.

El rostro cuidadosamente afeitado, un poco decadente y fofo, a pesar de su juventud, de Paul Rutteford, apareció en el pequeño hueco de la entrada. Dos de sus satélites iban tras él.

Su sonrisa quedó seca al ver a Glenn, pero enseguida se rehízo.

—¡Hum! No tiene usted las formas de Silvia Kellington, que digamos. ¿O es que acaso la está esperando? ¡Qué sorpresas se lleva uno! ¡Vamos, adentro, pajarito!

Y propinó un empujón a Glenn, entrando en el local.

Aquella expresión, los modales de suficiencia de Rutteford despertaron en el subconsciente del médico algún oculto instinto primitivo, algún deseo de fiera que había dormido, hasta llegar a él, por varias generaciones de hombres civilizados. Sus manos se cerraron entonces sobre el cuello del maniquí, del buitre bonito. No pensó entonces en propinar con la derecha el golpe que había de ser mortífero.

Cuando un poco de sangre fría llegó a su cerebro y pudo serenarse, estaban ya los dos. —Rutteford y él— rodando por el suelo y sujetándose el cuello mutuamente. Mac For, a quien Glenn ya conocía, se acercó pesadamente, haciendo oscilar sus brazos de gorila.

Su compañero, que no le iba a la zaga en cuanto a corpulencia, le siguió de un salto.

Al ver acercarse el corpachón de Mac For, seguido de su compañero, Glenn se dio cuenta de que estaba perdiendo su mejor ocasión y soltó a Paul para poder proporcionarle el golpe. Pero Paul pudo ladear la cara, encogiéndose, y el anillo rozó inútilmente el cuello de su camisa.

Cuando Glenn alzaba la mano para repetir el mazazo, cinco

dedos sujetaron su codo y otros cinco su muñeca. El movimiento de «escurrir ropa» que aquellas dos manos ejecutaron con su brazo le hizo soltar la presa lanzando un gemido de dolor. Saltó hacia atrás, poseído de un calambre que le recorría toda la parte derecha del cuerpo.

Entonces otras dos manos le propinaron el primer golpe en la nuca.

El ruido se oyó confusamente en el local vacío.

¡Chask!

Glenn se dio cuenta vagamente, al caer, de que alguien había cerrado la puerta.

Se dio cuenta también de que estaba en la ratonera, de que iba a morir.

Y en estos momentos se sintió el hombre más torpe, menos hábil y más desdichado del mundo.

CAPÍTULO XIII

LA NOCHE Y LAS SOMBRAS

Su cabeza chocó contra el zócalo de la pared, al tiempo que un pie se clavaba brutalmente en sus costillas.

Pensó, con esa rapidez mágica que siempre se tiene en los momentos decisivos, que iba a morir; y también pensó de improviso, no supo por qué, en una mujer desconocida a la que iba a operar al día siguiente y que confiaba en él. ¿En qué manos caería? ¿Qué sería de su hijo?

Todas estas preguntas resbalaron por la conciencia profesional del doctor Glenn Alter, el hombre que siempre fue honrado hasta aquella noche, mientras volvía a pensar en su muerte.

Pero era necesario luchar, luchar...

Oyó lejanamente, entre las sombras, que Mac For lanzaba una carcajada. Y se prometió a sí mismo que no le permitiría acabar con él descansadamente. Que le haría sudar sangre antes de que Mac For consiguiera convertirlo en un cadáver.

Levantó ambas piernas a ciegas y detuvo el impulso inicial de Mac For, que se le venía encima con todo su peso.

Apoyándose en la mano izquierda, dio al gigante un puntapié en el tobillo. Vio entonces que el otro acompañante de Paul había sacado una cachiporra de plomo con forro de goma.

Glenn saltó hacia atrás, tropezando con la otra pared, pero sin poder todavía levantarse del suelo.

El tipo de la cachiporra avanzó hacia él. Tenía el arma levantada y sonreía creyendo hallarse ante una presa muy segura. Pero cuando se acercó del todo a Glenn, éste ya había logrado ponerse de

rodillas y consiguió conectarle un cabezazo en el bajo vientre. El porrazo se abatió inofensivo sobre su potente espalda arqueada.

Su enemigo lanzó una maldición.

Glenn propinó entonces, sin perder un segundo, un doble golpe tras las rodillas de su adversario, y éste se desplomó hacia atrás.

Su enemigo estuvo caído solo unos breves momentos, pero aquel paréntesis permitió levantarse a Glenn. Y entonces se le echó encima el gigante Mac For.

Mac For no sabía aún que iba a morir como una rata envenenada ni podía imaginar que un cadáver estaba a punto de cederle parte de su propia muerte.

Se lanzó hacia adelante, aullando como un condenado, mientras en su mano derecha brillaba un revólver, con el que se dispuso a barrenar la cara de Glenn Alter.

Éste movió su puño derecho.

El primer impacto lo recibió Mac For en el cuello, y el anillo trazó cuatro signos rojos. El segundo en la sien, donde se marcaron otros cuatro puntos. El tercero en un párpado, donde las puntas de acero penetraron hasta herir el mismo globo ocular. El cuarto impacto lo recibió en su mano vacilante.

Glenn se movía como un auténtico púgil. Sabía que era una pelea a muerte, que Paul Rutteford no le dejaría salir vivo de allí. Eso, su musculatura y su rapidez de reflejos, le hicieron propinar a Mac For aquella serie de impactos alucinantes.

Pero los amigos del gigante no estaban quietos.

A pesar de que Mac For ya vacilaba, seguían siendo dos contra uno. El resultado de la lucha en un lugar tan reducido, no podía ofrecer demasiadas dudas para nadie.

Fue en ese momento cuando Glenn recibió el segundo golpe en la nuca. Esta vez con la porra de goma.

La primera sensación que entonces tuvo fue la de que aquella pelea no importaba nada. De que lo único que necesitaba era descansar, descansar...

La porra se abatió de nuevo sobre su cabeza.

Esta vez ni siquiera sintió dolor. Sólo le dolieron sus rodillas al doblarse, cuando cayó a plomo sobre el suelo.

Alguien se arrojó entonces sobre él, le sujetó por los cabellos y empezó a golpearle una y otra vez la cabeza contra las baldosas,

mientras lanzaba carcajadas.

Glenn, cuyos ojos se habían nublado, pensó en Silvia, pero de un modo remoto. Sólo se dijo que le daría vergüenza si ella le viera así, vencido y destrozado por aquella cuadrilla. En aquel momento un zapato fino, de bailarín, se aplastó contra su cara.

Seguidamente alguien le retorció los brazos. Los dos brazos a la vez, mientras se sentaba en su espalda. Glenn lanzó un gemido.

Alzó la cabeza y vio los zapatos de Paul.

«He sido el tipo más estúpido que se pueda imaginar... —susurró para sí—. El más estúpido e ingenuo... ¿Cómo se me ocurrió pensar que ese hombre vendría solo? ¿Cómo...?»

—Tengo el coche fuera. Vamos a sacarlo —la voz que sonó a poca distancia era la de Mac For.

Sin duda también era éste el que le mantenía los brazos apretados contra la espalda, retorciéndoselos sabiamente cada vez que intentaba moverse, hasta dar a Glenn la sensación de que se los rompería de un momento a otro.

Los zapatos de Paul se movieron en su campo visual, de izquierda a derecha de la pieza.

—Sí, vamos a sacarlo. Lo dejaremos en Long Island, pero hay que procurar que no se le reconozca. Quítale la ropa apenas estemos dentro.

Glenn se debatió inútilmente, aumentando hasta un límite insufrible el dolor torturante de sus brazos. Estaba perdido. Jamás se le ocurrió que una cosa así pudiera ser tan sencilla y tan espantosa a la vez. Fue entonces cuando le vino a la memoria la imagen de Laura, que no le reconocería. La visión de su cuerpo mutilado y desnudo en cualquier carretera, fue tan unido al recuerdo de Laura que se estremeció.

En aquel momento le soltaron los brazos.

—Vamos allá.

Glenn quiso revolverse, pero fue inútil. No podía mover nada de hombros para abajo.

Mac For, con las dos manos enlazadas, le propinó un terrible golpe en la nuca, y la nariz de Glenn quedó aplastada contra el suelo, con un seco chasquido. Empezó a sangrar.

El terrible dolor oscureció la mente de Glenn Alter e hizo que todas las ideas se le nublaran dentro de su cráneo. Antes de dejarse

dominar por completo el hilo de sus pensamientos, se dijo que aquellos tipos sabían dónde golpear para acabar con un hombre.

Luego se le ocurrió que Mac For ya estaba un cincuenta por ciento muerto. Y nada más. La sangre empapaba sus labios, su rostro. Le cegó.

Sintió que le arrastraban por los pies. La sangre penetraba ya en su boca entreabierta.

Hizo un esfuerzo desesperado para abrir los ojos cuando estaban cerca de la puerta exterior. Al parecer, con ello favoreció a Paul y a sus dos hombres, que no podían sujetarlo de aquella manera.

Mac For le sujetó por debajo de las axilas y le ayudó a incorporarse. El otro tipo le arregló la americana, al tiempo que empleaba las solapas como agarradero para sujetarle, y dejar bien sentado que era como un pelele entre sus brazos. Glenn volvió a pensar en lo sencillo y espantoso que iba a ser todo.

Y en aquel momento sonó un disparo.

CAPÍTULO XIV

LA MUERTE EN CAMINO

El disparo vino del fondo del local, de las tinieblas que envolvían la puertecilla trasera.

El tipo que sujetaba a Glenn por las solapas fue el que tuvo el premio, perdiendo a cambio un pedacito redondo de piel. Con las manos en el costado derecho, sobre el hígado, se dobló lentamente. Antes de que ninguno de sus compañeros pudiera reaccionar, se escuchó otro disparo.

Éste pareció llegar de más lejos, del ángulo oscuro donde se encontraban las vitrinas con el instrumental.

La segunda bala alcanzó también al mismo *gángster*, haciéndole astillas la rodilla izquierda.

Glenn era hombre de decisiones instantáneas, y a pesar de hallarse parcialmente «groggy», decidió actuar.

Lo hizo sin perder un segundo, antes de que el eco de los disparos se extinguiese.

Reuniendo todas sus fuerzas, dio un empujón a Mac For y consiguió que éste vacilase. Inclina la cabeza para embestirle de nuevo, cuando Paul Rutteford, que era más rápido que Glenn, o quizá más asustado, le rodeó el pecho con el brazo izquierdo, utilizándolo como un parapeto e impidiéndole moverse una sola pulgada. Una pistola había aparecido en su mano derecha, con la cual hizo fuego tres veces hacia las tinieblas.

El misterioso personaje que había enviado ya al infierno a un hombre, no contestó. Pero las sombras del fondo del local parecían llenas de movimientos furtivos, como si toda una patrulla de

polizontes estuviera tomando posiciones para pasar al ataque.

Paul empezó a retroceder hacia la puerta, lentamente, con el dedo cerrado sobre el gatillo.

Glenn, que estaba pegado a él, advirtió que ni siquiera respiraba, tanta era su tensión.

—Quieto... —silabeó Paul—. Quieto o...

Glenn no se movió.

Lo que en aquel momento le mantuvo inmóvil y a disposición de su enemigo, fue simplemente el asombro. No comprendía quién podía haberle ayudado en aquellas circunstancias. Quién podía haber arriesgado su vida para salvar la suya, si es que lograba salvarla.

Aquella pregunta se hizo tan obsesionante en su cerebro que llegó a olvidar el peligro que aún corría.

Sus ojos, como los de Rutteford, escudaron las tinieblas, pero sólo para tratar de ver contestada la pregunta. No vio nada; sólo las sombras que parecían animadas de una extraña vida.

En aquel momento sonó otro disparo.

El fogonazo fue claramente visible, de nuevo junto a la puertecilla posterior, pero Glenn comprendió que el que disparaba habría saltado inmediatamente, para no ser localizado. Seguro que apenas un segundo después ya estaba en otra zona de la oscuridad.

La bala fue a empotrarse junto a sus cabezas. Glenn tuvo la sensación de que no habían querido tocar a ninguno de los dos, sino solamente lograr que Paul se asustara y lo soltase.

Rutteford contestó nerviosamente, sin apuntar, barriendo las sombras, sin darse cuenta de que gastaba inútilmente las balas y de que luego no tendría tiempo para recargar la pistola. Glenn notó a su espalda el castañeteo de los dientes del *gángster*.

Paul Rutteford tomó entonces una decisión. Debió comprender que corría un peligro mortal si seguía pegado al médico.

Con el brazo derecho abrió la puerta, y antes de salir dio un empujón a Glenn, disparando hacia el suelo al mismo tiempo, hacia el lugar donde suponía iba a caer su víctima.

Fue en aquel momento cuando entre las sombras al fondo del local sonó otro trallazo.

La bala llegó aullando entre las tinieblas, obligando a Paul a dejarse caer a gatas y no permitiéndole el disparo. Su proyectil

zigzagó inútilmente sobre las baldosas, mientras Glenn se pegaba a la pared. Siempre a gatas, sin darse cuenta de lo ridículo de su posición, Paul avanzó hacia su automóvil.

Éste se encontraba estacionado unas yardas más abajo. Se dio cuenta de que los disparos no parecían haber llamado la atención en la calma del suburbio.

Eso le favorecía; después de lo que ya había sucedido, lo peor que podía ocurrir era que rondase por las inmediaciones un coche patrullero.

Todavía sin incorporarse del todo, abrió la portezuela del coche y se introdujo en él.

Ni siquiera se dio cuenta de que Mac For no le seguía. La verdad era que no se acordaba ya de él.

De pronto lo vio venir.

Mac For era en estos momentos como una masa bamboleante que avanzaba por la acera dando traspiés. Daba enteramente la sensación de que había bebido; sin embargo, Paul sabía que no era así.

El gigante estuvo a punto de rodar por la acera.

—Paul...

Paul ya había dado contacto.

—Ven, imbécil...

Mac For se estremeció. Sufrió un espasmo, como si una bala le hubiera llegado silenciosamente a través del aire.

No avanzó un solo paso.

—Pero ¿qué haces, maldita bestia? ¡Ven de una vez!

Mac For intentó avanzar y cayó pesadamente a tierra.

Desde allí sus ojos lastimeros, que ya estaban nublados, miraron a Paul como a través de una distancia inmensa.

—Paul... No me deje aquí... ¡No me deje!

—Puede venir un patrullero de un momento a otro. ¡Levántate de una vez, estúpido! —Quiero hacerlo..., pero no puedo. Sólo necesito que me ayude un poco. Descienda del coche. Ayúdeme...

Paul Rutteford se mordió nerviosamente los labios, mientras hacía entrar la primera velocidad.

—Por favor, ayúdeme...

Mac For imploraba. Era la primera vez que imploraba en todos los días de su vida.

Tras escupir al suelo, Paul hizo que el coche arrancara. Metió enseguida la segunda velocidad y el poderoso vehículo se perdió inmediatamente a lo largo de la calle.

Mac For aulló:

—¡Ayúdeme...!

Sentía que un extraño dolor le agarrotaba la garganta, que le dominaba los músculos poco a poco.

La niebla cubría sus ojos haciendo que todo le pareciese estar situado muy lejos, muy lejos...

Y Paul Rutteford hubiera podido salvarle. Paul Rutteford, que huía...

—¡Maldito! —aulló, mientras sin darse cuenta chocaba la cabeza contra el suelo—. ¡Maldito perro!

Pero enseguida una debilidad infinita se apoderó de él, un cansancio ante el que se sentía inerte agarrotó para siempre sus miembros.

Aún pudo balbucir de nuevo:

—¡Ayú... de... me!

Fue su última palabra.

CAPÍTULO XV

LA VIDA DE UNA MUJER

Glenn salió apenas unos segundos más tarde. Iba tan ensimismada después de lo que acababa de ocurrir, que casi tropezó con el corpachón de Mac For, doblado y con las dos manos crispadas sobre el vientre.

Se inclinó apenas sobre él.

Estaba muerto. El veneno había obrado un rápido efecto sobre su organismo, más rápido incluso que lo que era de esperar. Sin duda los violentos movimientos que había hecho Mac For en los últimos minutos habían activado la circulación de su sangre y por tanto también la del veneno, precipitando su muerte.

Una mueca de amargura se dibujó en los labios de Glenn Alter.

Ya no habría que preocuparse nunca más por aquel granuja, pero ese pensamiento no le hacía feliz.

No, él no sería feliz ya nunca.

Había intentado convertirse en asesino, aunque fuera por un día. Había intentado ser el que nunca fue, el que ya no volvería a ser nunca.

Aunque fuese en defensa propia, había matado. Aunque fuese por salvar a una mujer y aunque Mac For mereciera mil veces la muerte, aquel hombre que estaba tendido a sus pies ya no vivía porque él, Glenn Alter, que siempre ayudó a su prójimo, había repartido esta vez la muerte.

Sintió vértigo, un vértigo tan intenso que estuvo a punto de caer de bruces sobre el cuerpo de Mac For.

De pronto, a lo lejos, sonó el silbato de un policía.

Fue como si algo despertara en el cerebro de Glenn. Se dio cuenta de que el peligro no había terminado; de que ahora estaba quizá peor que antes, si lo atrapaban por allí. El silbato volvió a repetirse.

Regresó de nuevo al local. Sabía que no podía huir por la calle principal, que pronto se llenaría de policías.

Nada se movió entre las tinieblas; nadie parecía haber estado allí, ni siquiera un espíritu.

«Un espíritu con licencia de armas», pensó Glenn, mientras tropezaba con una de las mesas.

Cayó a tierra, envuelto por las tinieblas. Se dio cuenta de que de sus facciones manaba ahora un espeso sudor. Los silbatos de la policía, ahora repetidos y constantes, se oían cada vez más cerca.

El sudor impregnaba la camisa de Glenn, que se incorporó tanteando las paredes. Resultaba increíble para él mismo, pero no recordaba cómo era aquel lugar en que estuvo tantas veces. Exhaló un suspiro de alivio cuando sus manos tocaron la puerta.

Se preguntó si los policías también estarían allí. Los silbatos parecían atronar toda la zona.

Jugándose todo a una carta, abrió la puerta y salió.

Había síntomas de alarma en la calle, pero nadie sabía exactamente de dónde habían procedido los disparos ni para quién sonaban los silbatos. Tratando de aparentar naturalidad, Glenn Alter echó a andar calle abajo, mientras buscaba las zonas cubiertas por las sombras.

Tardó más de una hora en llegar a su casa, pues fue andando hasta allí, después de atravesar de un lado a otro casi toda la isla de Manhattan. El sudor aún empapaba su cuerpo.

Al abrir la puerta, vio que todo estaba a oscuras. Pero entre las tinieblas llegó hasta él un sonido persistente y cálido.

El timbre del teléfono sonando más allá de las puertas.

Glenn palpó los muebles conocidos, sintiéndose desorientado en su propio hogar y con la sensación de que aún estaba viviendo un sueño. Por fin entró en su despacho.

El teléfono sonaba con insistencia sobre la mesa.

Lo descolgó. Hasta él llegó la voz de Sop, el dueño de la clínica donde había trabajado tanto tiempo.

Era una voz ronca y excitada.

—¿Glenn...?

—Yo mismo. Dime.

—Tienes que venir inmediatamente.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Un asunto feo. No me gusta nada.

—Por Dios, habla...

—Se trata de una mujer.

Todos los sentidos de Glenn Alter se pusieron en tensión.

—¿Qué mujer?

—Silvia... Silvia Kellington.

El propio Glenn Alter no se dio cuenta, pero sus palabras se transformaron en un rugido cuando preguntó:

—¿Qué ocurre con ella? ¡Habla de una maldita vez! ¡Habla!

—La han herido muy gravemente. Creo... que va a morir.

—¿La han herido? ¿Con qué?

—Una bala.

Glenn Alter sintió que se quedaba sin respiración, sintió que se le doblaban las rodillas y que estaba a punto de caer a tierra.

De modo que era ella. De modo que era Silvia Kellington la que le había salvado la vida aun a riesgo de perder la suya...

Como si viniera desde infinitamente lejos, la voz de Sop seguía informando:

—No pude evitar que se escapara de la clínica... No sé cómo ocurrió, lo juro...

—¿Ha podido ella decir dónde la hirieron?

—Sí.

—¿Dónde?

Glenn ya sabía la respuesta antes de que llegara. Ya sabía en el fondo de sí mismo cuáles serían las palabras que le llegarían hasta el corazón como una flecha envenenada.

—Ha sido en
Oufitter's
Street.

—Lo... Lo sabía.

—¿Por qué dices eso? —La voz de Sop se agitó—. También ella me contó algo más. Me dijo, por ejemplo, quién había sido. Me dijo que la baleó Paul Rutteford.

Glenn dijo sin fuerzas:

—Sabía también eso...

—No te comprendo, Glenn. ¡No comprendo nada! Pero necesito que me hagas un favor.

—Haré... lo que sea.

—No puedo confiar en —cualquier médico, porque tal vez se iría de la lengua y motivaría la intervención de los polizontes. Ya sabes tú lo que son esas cosas. Tampoco puedo hacer yo la operación; nunca he intervenido en heridas de bala.

—Desgraciadamente, yo tampoco.

—Pero tú... Sé que tú harás lo que sea por salvarle la vida, incluso un milagro... Sé que estabas interesado por ella.

Glenn repitió sin fuerzas:

—Sí. Interesado por ella...

La cabeza le daba vueltas. Sentía que las fuerzas le habían abandonado, que no se sentía capaz de tomar ninguna decisión.

Pero había de hacerlo.

La vida de Silvia Kellington estaba en peligro y lo estaba porque precisamente se la había salvado a él.

Sop insistió:

—Le operas tú. No me fío de ningún otro médico.

—Sí, Sop. Como quieras...

Y colgó lentamente el auricular.

Sop vino a buscarle. No quiso arriesgarse a que su amigo tuviese un accidente por el camino.

Durante la conversación le había notado una voz que no parecía la suya.

Y lo vio sentado en el borde de una butaca, junto a la mesita del teléfono, con los brazos descansando inútilmente sobre las rodillas. No cambió la expresión de sus ojos al ver a Sop, que había encontrado la puerta abierta.

—Tienes que venir, Glenn.

El alzó un poco los ojos.

—¿Cómo pudo salir ella, Sop? ¿Cómo pudo marchar de la clínica?

—¡Y yo qué sé! ¡Una mujer siempre se las ingenia para hacer lo que le viene en gana! Pero no me preguntes ahora. Operarla es mucho más urgente. ¡Cada minuto cuenta!

Glenn se puso en pie como un autómatas.

—Voy, Sop.

Salieron.

Sop le introdujo en el coche, con la sensación de que su amigo había perdido el sentido de la orientación, y rodaron hasta la clínica.

—¿Qué ha sido de Rutteford? —masculló de repente Glenn.

—Rutteford ha muerto —contestó roncamente Sop—. Lo ha matado, Silvia Kellington. —Y añadió con frase brutalmente gráfica —: Un balazo en mitad del ojo derecho.

CAPÍTULO XVI

EL FIN DE LA AVENTURA

Glenn sintió que le temblaban las manos. Lejanamente pensó que iba a estar demasiado nervioso para operar en aquellos momentos, pero que no le quedaría más remedio que hacerlo. Pensó que lo que iba a salvar era la vida de Silvia, gracias a la cual él seguía palpitando sobre la tierra.

No pensó en aquel momento en Laura, en su esposa. Sólo se arrepintió de lo que había hecho, se arrepintió de haber querido matar.

Él había sido preparado para salvar vidas, no para eliminarlas. Y se preguntó en este momento, con angustiosa sinceridad, si sus manos serían capaces de salvar a Silvia Kellington.

—¿Cómo sabes que ella lo ha matado? —balbució—. ¿Cómo puedes asegurar que ella haya liquidado a Paul? ¿Te lo ha dicho?

—No ha podido decirlo, claro, porque está inconsciente. Lo único que ha conseguido decir, y aún entre medias palabras, es que la ha baleado Paul Rutteford. Pero se comprende que es ella quien le ha devuelto la moneda, ¿no?

Glenn se estremeció.

No dijo una palabra hasta que llegaron a la clínica. No la dijo tampoco cuando vio que el cuerpo de Silvia Kellington estaba desangrándose sobre la mesa.

Sop dijo con un soplo de voz, pues la admiración le impedía incluso expresarse claramente:

—Ha sido admirable, Glenn. Nunca creí que la salvaras. Nadie hubiera hecho lo que tú. ¡Nadie!

Glenn hundió la cabeza sobre el pecho.

Habían transcurrido cuatro horas desde que entró en el quirófano y se enfrentó al cuerpo de Silvia. Cuatro horas angustiosas, luchando entre la vida y la muerte, entre la plenitud y la nada.

Cuatro horas durante las cuales fue incapaz hasta de recordar su propio nombre.

Sólo sus manos habían trabajado durante ese tiempo; Glenn estaba seguro de que todo se debía a ellas, no a su cerebro. Durante las cuatro horas sus manos cortaron y unieron, ligaron y segaron como si estuvieran dotadas de vida propia, como si fueran independientes de su voluntad.

Ahora todo había terminado.

Ahora, Silvia Kellington estaba dormida en una habitación, esperando recuperarse de la anestesia. Glenn sabía que ella viviría y que ya nunca más habría sombras en su futuro.

Porque Paul Rutteford estaba muerto. Porque su organización había sido destruida.

Como si adivinara sus pensamientos, Sop preguntó:

—Vivirá, supongo.

—Sí.

—Repito. ¡Ha sido una operación maestra! ¡La mejor operación de toda tu vida! ¡Y pensar que tú te dedicas solamente a traer criaturas al mundo! ¡Podrías ser uno de los cirujanos mejor pagados de este país!

—Ya están bien las cosas como están, Sop.

Hizo un gesto de cansancio y añadió, mientras se ponía la americana lentamente:

—Gracias, Sop. En realidad has sido tú quien le ha salvado la vida al avisarme con tanta rapidez y no hacer preguntas tontas, a pesar de tratarse de una herida de bala.

—¿Vas a irte?

—Sí. Necesito... descansar.

—Lo dices como si ese descanso sólo pudieras encontrarlo en la tumba. ¿No quieres un poco de café?

—No, gracias.

Y Glenn Alter se alejó por las calles como una sombra de sí mismo. Se alejó a pie como un vagabundo por la ciudad sobre la

cual empezaba a amanecer.

Ahora en la casa sí que estaba Laura. O al menos Glenn la vio; quizá estuvo antes también y no pudo verla. En estos momentos Glenn era incapaz de contestarse a la más insignificante pregunta.

Recordó lo que había pensado al ver a Silvia, pero después de terminar la operación: «Gracias por haberme salvado la vida, Silvia. Yo no merecía esto».

Pero ahora estaba Laura ante él; Laura, llevando un excitante salto de cama que no se ponía desde años antes.

Al menos Glenn creyó recordarlo.

Vio en los ojos de Laura una luz nueva, una extraña luz que parecía penetrarlo todo.

—Desperté al oír la puerta, Glenn, y vi cómo Sop y tú marchabais. No tuve tiempo de llamarte.

Glenn ni siquiera le prestó atención. Fue a su despacho y se sentó, poniendo los codos sobre la mesa y ocultando el rostro entre las manos. En la papelera de cuero, a sus pies, había una tarjeta arrugada con un plano parcial de Nueva York, donde un día antes señalara las calles laterales a Oufitter's

Street. Vino a su pensamiento entonces que era peligroso tenerla allí, a pesar de que la policía, al descubrir los cadáveres, interpretaría aquello como un ajuste de cuentas entre gentes fuera de la ley.

Quemó maquinalmente la cartulina, con una cerilla, y arrojó los restos al cenicero.

Oyó cómo Laura iba de un lado a otro de la casa, sin entrar en el despacho. Sin duda quería dejarlo solo.

De pronto sonó el timbre del teléfono.

Glenn lo descolgó con un gesto de cansancio; se sentía aplastado, a pesar de que el sueño había huido de sus ojos.

Era otra vez Sop.

—¿Glenn?

—Dime.

—¿Puedo hablarte con tranquilidad?

—Sí. Mi esposa no nos oye.

—Se refiere a Silvia. Creo que la cosa marcha muy bien.

—¿Y...?

—Dentro de un par de días quizá pueda ser trasladada en una ambulancia. Ahora no corre ninguna clase de peligro. Puede rehacer su vida perfectamente, y pienso si será mejor que se vaya.

Glenn no contestó. Hubo entre los dos un momento de pesado, de casi angustioso, silencio.

—¿Me oyes, Glenn?

—Sí.

—He querido consultarte antes.

—¿Por qué?

—Sé que tú querías defender a esa mujer. Sé que ella te recordaba tu pasado; quisiste cumplir la promesa que le hiciste cuando no erais más que dos muchachos. Entonces juraste que la defenderías fuese donde fuese, ¿no es cierto? Luego, la vida os separó.

A Glenn le parecía increíble que Sop hablara de aquel modo. Pero Sop era así. Se ponía sentimental a veces, sobre todo cuando se dejaba llevar por los recuerdos de su vieja amistad. Glenn estaba seguro de que en estos momentos el gordo de Sop casi tenía lágrimas en los ojos.

—Luego, la vida os separó —insistió él—, pero tú has creído tu deber hacer cualquier cosa por ella. Y yo te digo que ya no corre peligro, pero antes de aconsejarle que se vaya he preferido consultar tu opinión, Glenn.

Ante el silencio de éste, insistió:

—Podrá rehacer su vida.

—Lo sé. No es tonta. Una vez libre para siempre de Paul, podrá trabajar en cualquier cosa.

Pero...

—¿Pero qué?

—Ella me salvó la vida.

—Y tú se la has salvado a ella. Estáis en paz.

—Haz una cosa, Sop.

—Lo que sea lo haré.

—Dale cinco mil dólares como si fueran tuyos. Luego, tú y yo arreglaremos eso. Pero no me menciones.

—De acuerdo, Glenn; lo haré.

—Gracias.

Glenn colgó. Le pareció que al hacerlo se despedía de todo su

pasado, del pedazo más hermoso y más inquietante de su vida.

Se puso en pie y miró en torno suyo, como si se sintiera extraño en su propio hogar.

Ya no oía a Laura. Ya no se escuchaban en la casa los pasos finos, elásticos, inquietantes de Laura.

Glenn subió a su dormitorio. Necesitaba dormir, olvidarlo todo. Se hubiera sumido en el sueño de la morfina si en aquel momento la hubiese tenido a su disposición.

Vio que la puerta del dormitorio estaba entreabierta. Su esposa se encontraba allí.

¿Por qué?

Glenn empujó silenciosamente la puerta y vio a Laura. Laura tenía una pistola en la mano derecha.

CAPÍTULO XVII

UNA MUJER SIN IMPORTANCIA

Laura le miró cuando él puso los pies en el umbral. Sus ojos se clavaron con una extraña e inquietante fuerza, en los ojos del hombre.

Bajó lentamente la mano derecha.

Glenn balbució:

—¿Qué haces con esa pistola?

—Es la tuya, ¿no la recuerdas?

—¿La mía?

Glenn se acercó. Veía el rostro de su mujer como si estuviera muy lejos, infinitamente lejos.

Cuando ella tendió la mano para ofrecerle la pistola, Glenn sintió como si el arma saltara hacia sus ojos.

—Casi no la recordaba —musitó.

—Claro. La tienes desde que eras soltero y no la habías empleado nunca. Ni siquiera la limpiabas.

—Debe ser porque nunca la he necesitado.

—Yo, precisamente, iba a sugerirte que la vendieras —dijo Laura con tranquilidad, mientras la guardaba en uno de los cajones de la cómoda.

—Y tú, ¿por qué la tenías?

—Estaba arreglando todo esto y la he visto. No me agrada tener pistolas en casa, créeme. Una nunca sabe lo que puede ocurrir con ellas.

Glenn susurró:

—Claro, así es.

Vio que ella descubría una de las dos camas gemelas que había en el dormitorio.

—Pero ¿qué haces?

—¿No vas a acostarte un poco? Has pasado la noche fuera. Debes estar rendido.

—Eres... Eres muy amable, Laura.

—No hago más que cumplir mi obligación.

—Piensas siempre en lo que yo necesito.

—Es también mi deber, ¿no?

—¿Haces todo esto sólo por obligación? ¿Te preocupas de mí solo porque al casarnos te comprometiste a ello?

Laura le miró a los ojos mientras se retiraba de la cómoda y caminaba hacia la puerta con aquellos pasos suaves, elásticos, felinos, que eran uno de sus principales atractivos. Sólo al verla moverse, uno ya tenía que darse cuenta de que Laura era endiabladamente ágil, endiabladamente joven.

Salió, dejando tras ella una estela inquietante.

Glenn quedó solo unos momentos, quieto, como acechando cualquier rumor que se produjera en la casa.

Luego, de pronto, se puso en movimiento.

Fue hacia la cómoda, buscó la pistola y la halló.

Se la guardó.

Y a continuación hizo todavía algunas cosas más sorprendentes.

Alzó la hoja de la ventana de guillotina, pasó una pierna por encima del alféizar y saltó al pequeño jardín lateral de la casa.

Nadie le vio porque un espeso árbol que llegaba hasta el primer piso ocultaba la perspectiva casi completamente.

Y hecho esto salió a la calle.

Pero las cosas extrañas aún no habían terminado.

Fue a una carpintería y compró un saco de serrín. Lo cargó en el coche y se dirigió con él a un lugar completamente aislado, a quince millas de Nueva York.

Una vez allí, donde nadie podía verle, dejó el saco en el suelo y disparó un tiro contra él.

Buscó la bala entre el serrín. La encontró sin esfuerzo.

La guardó cuidadosamente.

Luego dio una larga vuelta y arrojó la pistola al Hudson, en un lugar donde el suelo fangoso la cubriera rápidamente.

A continuación, llevando solamente el proyectil, fue al Departamento de Balística de la Policía Metropolitana.

Larkey, sargento de la Brigada de Homicidios, al que conocía desde largos años antes, le miró incrédulo.

—¿Dices que quieres una foto de las estrías de la bala que mató a Paul Rutteford? ¿Para qué? ¿Qué te importa a ti ese ajuste de cuentas entre dos grupos de pandilleros? —Tuve antiguamente una cuestión personal con Paul Rutteford.

—No me dirás que lo has matado tú, ¿eh?

—Caso de hacerlo habría sido en defensa propia, pero puedo jurarte que no fui yo.

—Lo supongo. Si tú tuvieras algo que ver con esto, no habrías venido aquí a comprometerte.

—Los policías tenéis una lógica muy especial —susurró Glenn—. Yo podría estar haciendo esto por puro cálculo.

—No digas tonterías. Los policías somos idiotas sólo hasta cierto límite. Digo que no podemos acusarte porque sabemos ya que la persona que mató a Rutteford es una mujer...

—¿Una mujer?

—Alguien la vio. Cuando Rutteford disparaba contra Silvia Kellington, una pobre infeliz a la que él había perseguido en otro tiempo, hubo otra mujer que le clavó una bala en el cerebro. Por lo visto había dos mujeres por allí cerca, pero así como se conoce la identidad de la Kellington, se desconoce en cambio todo lo relativo a la otra. Lo único seguro es que tenía algo que ver con Rutteford.

Glenn dijo con un soplo de voz:

—Sí, claro.

—Bueno, te facilitaré esa foto. Como dentro de pocos días van a publicarla los periódicos, dejará de ser un secreto.

Larkey regresó poco más tarde con una ampliación en la que se apreciaba claramente el proyectil y las estrías que el cañón había dejado en él.

—Será un buen recuerdo —musitó.

—Un recuerdo macabro —gruñó Larkey.

Glenn tomó su coche y fue de nuevo a una zona apartada de los alrededores de Nueva York. Tomó el proyectil y comparó sus estrías con las de la foto.

Ya se lo había imaginado. Coincidían exactamente.

Era su propia pistola la que había disparado las dos balas.

Cuando Glenn volvió a su casa, Laura no le hizo preguntas. Simplemente le preparó un desayuno en silencio y le arregló el maletín para cuando tuviera que salir hacia su trabajo.

En un momento en que ella pasó por su lado, Glenn le estrechó la mano.

—He arrojado la pistola al Hudson, Laura —musitó.

Laura le miró con sus ojos hermosos y brillantes, profundos y quietos, mientras sus labios le enviaban una sonrisa lejana.

—Gracias —musitó.

—Tú sabes todo lo que se refiere a mí, ¿verdad? —susurró Glenn.

—Todo.

—Y me has seguido muchas veces sin que yo lo sospechara...

Ella no contestó. No dijo nada. Pero sus ojos se humedecieron ligeramente.

—¿Querrás ayudarme desde ahora en la clínica? —musito Glenn

—. Creo que voy a necesitarte.

Ella afirmó en silencio, intensamente, mientras le estrechaba la mano con fuerza.

Con una extraña fuerza.

FIN

A vintage advertisement for Osborne VETERANO brandy. The background is a dark blue gradient with a bright, starburst-like light source in the upper left corner. Two women are featured: one in the upper left wearing a red sleeveless dress with a black floral pattern, looking back over her shoulder and pointing her finger; the other in the lower left wearing a white dress with a large green floral pattern, looking up and smiling with her hand near her face. To the right is a bottle of Osborne VETERANO brandy. The bottle has a dark body and a light-colored label with the text 'BRANDY V.O. VETERANO', 'OSBORNE', 'ESTA PRODUCCIÓN DE LOS', and 'PUERTO DE SANTA MARÍA'. The overall style is mid-20th-century graphic design.

GUSTA ESO

OIGA...

eso tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 pts. • Impreso en España • Printed in Spain